

A propósito de la vida

Wendy Gabriela Suárez Tena

La alegría aflora siempre, o casi siempre,
como un trozo de madera en el agua,
no importa lo profundo del horror de lo vivido.

TOMÁS GONZÁLEZ

PRÓLOGO

Escribo estas memorias porque siento la necesidad imperante de que mis tres hijos, aún pequeños, conozcan en profundidad todo lo que nos vimos obligados a vivir mi esposo y yo, con ellos, en estos dos últimos años tras una prolongada espera por un trasplante hepático. Santiago, el protagonista de esta historia, nació el 25 de marzo de 1969, y murió el 25 de febrero del 2012. El relato se centra en los acontecimientos entre los abril del 2010 al 2012, y se complementa con dos historias previas, contadas en paralelo. La primera es el periodo de los años vividos juntos, y la última etapa, que se entrelaza en el relato como testigo, es el periodo tras la muerte de Santiago, antes de volver a casa.

Me resulta muy duro saber que los niños no conocerán a su padre, quien ante mis ojos era un hombre maravilloso. Lo sabrán a través de mis pláticas, pero quiero que sepan también que tanto él como yo luchamos profundamente por la vida, por su vida y por conseguir salvar una familia completa. No ha podido ser, pero tengo la plena satisfacción –si es que se puede sentir alguna satisfacción ante la muerte– de que hicimos hasta lo imposible. Han sido unos largos meses de mucho sacrificio, mío y de toda nuestra familia, de nuestros padres sobre todo, y se han hecho esfuerzos de separación de los niños, cuya imperante necesidad espero ser capaz de plasmar en este libro. No sólo deseo relatar el proceso paso a paso, sino el sentimiento que nos fue aquejando durante cada uno de ellos, ya que ese sentir normalmente no se cuenta.

Aunque nuestra lucha refleja el padecer de miles de personas que día con día sufren en los hospitales, tenemos una muy particular

historia de amor de cuento, de cine, y en nuestras largas charlas en el hospital, Santiago y yo recordábamos tantos momentos felices que llegamos a decir que daba material para una película de cine independiente, ya que mostraría temas de actualidad, como el amor cibernético, la adopción y la donación-recepción de órganos.

No quiero que nuestra lucha acabe aquí. Quiero honrar su vida lo más que pueda, por él, por sus hijos y por mí. Ése es el objetivo de este libro.

La vida es bella, bellísima, y frágil también, por lo que no debemos esperar ni un solo día para hacer y decir las cosas que nos conducen a la felicidad, a lo que verdaderamente importa.

Valencia, España.
Abril de 2012

I

10 de abril de 2012

Hoy siento un impulso que me obliga a levantarme y contar la historia. Por mis hijos. Son tan pequeños que no recordarán nada de este proceso. Hoy me enfrento a la realidad, comienzo a preparar las maletas para volver a México tras pasar nueve meses en España, y casi dos años peregrinando por hospitales y luchando por la vida de Santi, mi marido. Qué contradictorios sentimientos se viven cuando estás rodeada de niños para los que la muerte no significa nada, y que ante la ausencia física se recuperan rápidamente, mientras como adulto sientes que te ahogas por dentro. Desde agosto del año pasado cuento con mis espacios personales, íntimos, que son muy escasos: las noches para llorar, los minutos en la ducha o las lágrimas frente a las ollas de la cocina en el fuego, mientras aparecen las caritas de “imami, mami! ¿Qué pasa? Por favor no llores”.

A partir de hoy, que se han ido mis padres con el más pequeño de mis hijos, me quedan dieciocho días para digerir el regreso a casa, para superar la muerte que aparece sorpresiva y nos monta en el carro de la vida como si nada hubiera pasado. La vida sigue, dicen, pero para el que adolece es como un insulto. ¿Cómo es que sale el sol al día siguiente? ¿Cómo es que sopla el viento cálido y las aves cantan? ¿Por qué no es todo a mi alrededor una borrasca como la que sucede en mi interior? Quisiera que se parara el mundo, que cada extraño por la calle se percatara de mi dolor, pero el mundo no se para, qué cierto es que la vida sigue.

II

Marzo y abril de 1998

Todo comenzó en Fallas, el 16 de marzo de 1998, era domingo. Felices tiempos aquellos en que había terminado la carrera de arquitectura y me encontraba instalada en un trabajo que me apasionaba, viviendo cómodamente en casa de mis padres. Como en estos momentos lo único que creo es en el destino, agradezco el regalo de ese aburrido y desenfadado domingo en el que, por la mañana, vi un reportaje de la que entonces era una fiesta totalmente desconocida para mí: las Fallas de Valencia.

No me importó el desagradable reportero con voz chillona que recorría las calles de Valencia describiendo los monumentos, los trajes, la música, la comida. El extraño destino me situó esa misma tarde frente a la computadora, probando una vez más el famoso chat en el que mi hermana había conocido ya a varios tipos con los que jugaba a un vaivén de mentiras para imaginarse un ligue fantástico, ideal y peligroso, pero que no salía de la habitación de estudio.

Me senté ahí y comencé con el chirriar de la línea telefónica conectándose a 56k, con un módem enorme que a partir de ese momento ocupaba la línea telefónica de la casa (cosa que luego me traería grandes problemas, sobre todo con mi madre).

Entré en el programa MIRC, que era una sala de chat abierta sin imágenes de ningún tipo, sin publicidad ni *pop ups* ni nada, sólo texto en blanco y negro, y gente expresándose desde cualquier parte del mundo.

Elegí el canal España y me lancé al caudal de palabras. Me topé con un tipo que era antropólogo de algún sitio de Cataluña y estaba hablando con él de mi trabajo en las misiones jesuitas de la sierra de Chihuahua, cuando se nos sumó a la charla un personaje muy interesado, pero que nada sabía del tema: Santiago28. Era tan correcto, tan preguntón y tan simpático, que en algún momento de la charla, dejamos de lado al catalán y seguimos hablando solamente Santiago28 y yo. Pude verificar que ciertamente era español porque existía la opción de accionar el botón derecho del ratón y salía el correo electrónico de esa persona, nada más, y en su caso era `sgil69@santandersupernet.es`. Nunca pensé en lo erótico de su dirección de correo, como luego mis morbosos amigos mexicanos me lo harían ver, pero en realidad era su año de nacimiento.

No podía haber una charla más agradable, de curiosidad y admiración recíproca, él preguntando por mi trabajo y yo por las Fallas, de las que me acababa de enterar esa misma mañana. Nada que ver con las conquistas cibernautas de mi hermana con las preguntas iniciales de ¿cómo eres?, ¿cuánto mides?, ¿cómo son tus ojos, tu cabello? Nada de eso, Santiago28 y Gabryella hablaron durante horas de las misiones y los indios, y de las Fallas de Valencia. Fueron horas tan agradables que sellamos la charla con un intercambio de correos electrónicos y una cita para el día siguiente. Me sentí estupendamente, me sentí feliz y complacida con mi tarde de chat.

A partir de entonces, la mariposa en el estómago se dejaba sentir cada vez que se abría la bandeja de entrada del correo electrónico en espera de alguno de `sgil69`, y no era uno, sino un promedio de cinco correos al día. Había mucho tiempo perdido antes de conocernos, tantas historias que contar. Todo como dos buenos amigos que llevaran años sin verse. Quien diga que el amor por correspondencia no existe, o el amor a distancia no funciona, está completamente equivocado. La ilusión con la que nos escribíamos

contándonos las cosas y la puntualidad y desespero por lograr una conexión con la sala de chat era una carrera de vértigo hacia una relación de amor profundo y maravilloso. Se podría calificar nuestra relación como tímida, puesto que ninguno se atrevía aún a hacer las típicas preguntas de ligue relativas al aspecto físico; sin embargo, conforme pasaban los días, el sentimiento de nervios, ilusión, alegría y posterior paz tras una larga charla nos obligaba a dar el siguiente paso, que aunque se veía absurdo, era inevitable: enviarnos fotografías. Así que conseguí que un amigo de un primo, que trabajaba en una tienda de informática, me pudiera escanear alguna foto. En 1998 casi nadie tenía una cámara digital, por lo que una amiga fotógrafa me hizo una sesión casual en el jardín de casa de su abuela, lugar que, por cierto, ha sido sustituido por una gasolinera.

El proceso de la sesión fotográfica con secado de cabello incluido, revelado de las fotografías analógicas, el favor del escáner, y obtener las imágenes en un disquete me tomó el mismo tiempo en que Santiago me envió las suyas por correo postal en un sobre con unos preciosos regalos. Fue prácticamente simultáneo. Recibí el paquete con gran ilusión y vi las fotos con una amplia sonrisa. Les dije a mi madre y a mi hermana: “¡Qué guapo!” Y aunque hubiera sido el hombre más feo del mundo, a mí ya me parecía el mejor, pues ya me había conquistado por dentro.

Si hoy en día a la gente le cuesta creer en el amor cibernético, en 1998 éramos unos bichos raros que recibíamos montones de comentarios de todo tipo, en su mayoría negativos sobre si el otro sería un mentiroso, asesino en serie o maniático sexual, por decir algo, pero en realidad siempre he pensado que es exactamente igual a conocer a alguien en una discoteca, o en un bar, con quien te identificas o te atraes físicamente, y corres el riesgo de que por dentro no te guste esa persona.

Cuando conoces el interior de un individuo antes, te arriesgas a que la química fracase, pero es mucho más fácil que esto suceda

que al revés. Lo nuestro no tenía vuelta atrás, estábamos enamorados y mucho, lo que, desde luego, no tenía nada de sensato, ya que nos encontrábamos en diferentes puntas del mundo.

A los pocos meses de ver cómo cada día la ilusión era más grande, decidimos poner a prueba la física y la química: planear un encuentro real para valorar si tenía sentido continuar o acabábamos con esas sesiones interminables de chat y esa carga de mensajes y llamadas.

Ahí comenzó nuestra aventura permanente de proyectar cosas juntos, fue genial planificar un viaje para los dos. Elegimos Nueva York por varias razones: es más o menos la mitad del camino en la ruta aérea entre Valencia y Chihuahua; mi hermano estaba viviendo allí por razones de trabajo y mis padres no tendrían problema en dejarme ir a verlo, y además ambos queríamos conocer la ciudad y la zona.

Programamos un viaje de once días divididos entre recorridos y visita a mi hermano, para finalizar con cuatro días en Manhattan para ver teatro y un poco de todo. La verdadera razón era conocernos, abrazarnos y amarnos, como ya lo hacíamos a través de la voz y las palabras escritas.

En un lapso de tres meses a partir del primer encuentro virtual, me encontraba sentada en un avión hacia Nueva York, llena de ilusión, nerviosismo y alegría. Habíamos sellado un pacto: si alguno de los dos no lograba sentir atracción física, continuaríamos el viaje como los dos grandes amigos que ya éramos, y en paz. Por lo tanto, fue bastante complicado definir si alquilábamos habitaciones separadas y detalles por el estilo. Entre favores de mis amigas para cubrirme en el trabajo y ninguna objeción de mi familia, conseguí hacer el viaje totalmente ilusionada.

La noche que nos conocimos fue inolvidable, como tantas otras que tuvimos después. Por suerte para mí, Santiago llegaba a Nueva York algunas horas antes que yo, y como él llegaba al aeropuerto de Newark, acordamos que se desplazaría hasta el aeropuerto JFK

para recibirme, antes de emprender el viaje. Conforme se acercaba la hora, mis nervios iban en aumento. No recuerdo cuántas veces visité el baño del avión para retocarme el cabello, o la pintura, el perfume, etc. Fue muy gracioso cuando entablé charla con un matrimonio de edad avanzada que viajaba a Tierra Santa con un grupo, ellos estaban preocupados por mí, me preguntaban: “¿Quién vendrá a recogerte en esta peligrosa ciudad?” Y yo, con una amplia sonrisa, les decía que se tranquilizaran, que lo haría mi novio. Lo que nunca especificué fue que, hasta ese momento, no lo conocía. No supe cómo se las arregló mi novio, pero ahí estaba, justo a la salida. Fue lo primero que vi al salir del túnel de comunicación del avión con la terminal, con una amplia sonrisa y mirándome a los ojos. Guardaré para siempre esa mirada que se reproduce en mi memoria mientras lo pienso y me impregna de paz y armonía.

Nos saludamos como dos amigos, con la eterna confusión hispanoamericana de dos besos o un beso, en la mejilla, claro. Subimos al ascensor y hablamos del viaje, de simplezas, y reíamos como dos tontos muy nerviosos, pero infinitamente felices. Todo iba como habíamos planeado. Acudimos directamente a una agencia de alquiler de vehículos para viajar esa misma noche y dormir en Filadelfia, con su tarjeta de crédito y mi licencia de conducir. Pero, ¡oh sorpresa! Ambos documentos debían ser de la misma persona, o si no, estar casados. Así que nos proporcionaron un listado de otras agencias y un teléfono, para averiguar si alguien nos aceptaba esto, o un depósito en efectivo.

Llegó la noche y nada de coche. Estábamos varados en el aeropuerto JFK, hasta que un empleado de la agencia nos sugirió un hotel muy bueno, que ofreció recogernos allí mismo y, por la mañana, llevarnos a una casa de alquiler de autos que aceptaba depósitos en efectivo.

El hotel “muy bueno” debía de ser de su padre, o aportarle una muy buena comisión. Y ahí estaba la parejita nerviosa, sin

verdaderos planes de ataque (al menos yo no los tenía), frente a un recepcionista de tez morena con tremendo turbante, dentro de algo que parecía una pecera y que nos hablaba en un inglés ininteligible por una especie de altavoz. Santi aprovechó el miedo que yo tenía y pidió sólo una habitación; el miedo quedó atrás cuando, al entrar, descubrimos las características del lugar: terciopelo, espejos por todos lados, inciensos, en fin, toda una joya de la excentricidad antisexual. Allí nos dimos el primer beso, tan esperado y tan verdaderamente sentido.

El día siguiente nos pintó de otro color, conseguimos el coche gracias a una plática de fútbol y llegamos a Filadelfia, una ciudad encantadora. El hotel era verdaderamente de ensueño, y así de genial transcurrió lo demás. Pasamos muchas de nuestras primeras horas en carretera, escuchando música, hablando de mil cosas, disfrutando de paisajes, culturas y comidas. Estuvimos en Washington, y en Dayton, Ohio, haciendo la visita de cortesía a mi hermano, a quien no le hizo mucha gracia mi viaje, pero se portó maravilloso con nosotros, como siempre. Fuimos a las cataratas del Niágara, desde donde viajamos de vuelta a Manhattan por las carreteras nacionales, cosa que recomiendo ampliamente si se dispone de tiempo, pues la velocidad de las autopistas impide las vivencias de los pueblos y la gente.

Rematamos el viaje con cuatro días al final en Broadway. Aunque de día en realidad salíamos poco, aprovechamos el tiempo de mil maneras, y a pesar de que estábamos disfrutando como nunca, una tarde en un parque, escuchando una orquesta, comenzamos a hablar de futuro, y lloramos los dos al coincidir en lo buenísimo que era habernos conocido y en la suerte que teníamos de ser esa pareja, pero por otro lado era muy absurdo y complicado. ¿Por qué teníamos que vivir tan lejos? ¿Por qué no podíamos estar ya desde ese mismo instante juntos para siempre? Nos pasamos los últimos tres días pegados como lapas, con la lágrima fácil y el sentimiento de no querer separarnos nunca más. Por suerte, o

por desgracia, Santiago era muy sensato y me convenció de que cada uno debía volver a su casa, y seguir adelante con la relación si cabía, con más entusiasmo y más ganas de volver a estar juntos como fuera, pero de manera planificada y correcta.

Mi regreso fue primero, por lo que tomé el autobús al aeropuerto yo sola, con un grupo de huéspedes, quienes me miraban derramar litros de lágrimas en silencio, pues lloraba de pena al verlo solito allí, parado en la calle, pero de felicidad por haberlo conocido y vivido esos once días realmente buenos.

III

14 de abril de 2012

Me quedan diecisiete días antes de emprender el viaje de regreso a México, para empaparme de los recuerdos vividos en esta ciudad, para dejar listos los papeles, que no son pocos, la nacionalidad, la pensión, la herencia del abuelo. Todo el entramado que representa la transición de la herencia física y cultural de mis hijos.

Aunque siempre estuvo ahí la posibilidad de su muerte, siempre fue para nosotros una sombra difusa, nunca me hubiera imaginado que nuestra vida juntos me parecería tan breve. Será que la vivimos tan intensamente y tan deprisa a la vez. Me cuesta mucho acostumbrarme a la soledad, a no tener la oreja y la boca constantemente en complicidad con el otro para las cosas más triviales o más profundas. Me encuentro en cada esquina a algún vecino, amistades de la familia y veo que les cuesta expresarse, ¿qué decirle a la pobre viuda con tres niños? A veces prefiero esquivarlos, les ahorro el disgusto. La verdad es que nada te enseña más a valorar las cosas que verdaderamente importan que la lucha constante por la vida.

Durante todo este tiempo he pensado que todas las fuerzas que he tenido para resistir las diferentes situaciones me las ha dado el amor, por lo tanto creo en el amor, y creo en la ciencia. Llegué a creer en el poder interior de las personas como una entidad capaz de realizar milagros, como se han manifestado a través de diversas religiones en todos los tiempos, pero ahora vuelvo a pensar que es el amor el que puede conseguir esos pequeños o grandes

milagros mas no consigo creer que esa voluntad interior pueda ir en contra del propio destino. No puedo creer en un Dios castigador o bondadoso cuando he visto y vivido el sufrimiento de un hombre bueno, sabio, creyente, que no se merecía nada de lo que le ha pasado. Ni él ni sus hijos, que ni siquiera han tenido elección. Santi quería vivir, lo deseó hasta el último aliento. Su voluntad interior era increíblemente grande, pero sucumbió.

IV

Junio de 1998-noviembre de 1999

Los siguientes meses volvimos a la carga en el chat y en los mensajes, si es que aún cabía. Con más puntualidad y veneración que en los meses anteriores. Ya teníamos cara, cuerpo, sensaciones, recuerdos, sueños. No podíamos dejar de hablar o escribir, era como una droga. Así que de junio a septiembre ya estaba yo embarcada en el siguiente viaje. Iría a España a conocer a su familia, que veía con cierto descontento nuestra aparente absurda relación. Hubo en esa previa decisión, el extraño momento difícil, único en nuestra relación de quince años, cuando, antes de planear este viaje, Santi me había dicho que deseaba ir a Chihuahua a conocer a mi familia y mi mundo, pero de pronto desapareció sin avisar. No correos, no chat, no llamadas. Fueron —¿quizá tres?— de los días más largos de mi vida. Parecía que se lo había tragado la tierra y que huía de mí como de una plaga. Como yo ya no tenía dignidad ni nada, lo llamé por teléfono y le pedí una explicación. Muy sereno me dijo la verdad: que no encontraba la manera de decirme que no viajaría a México, que su familia estaba totalmente en contra, que aquello era una locura y un trastorno para su familia. Desde luego, me suplicó que siguiéramos adelante, que sólo sería un cambio de orden de viajes, cosa de fechas, que acudiera yo antes a España, que seguro que, tras conocerme, su familia accedería a esta relación. No sé cómo, enseguida, lo perdoné y seguí adelante. Lo que sí recuerdo es que vi en él un único defecto hasta entonces: al parecer, se dejaba guiar demasiado por su madre. Años después él

tuvo la tremenda habilidad para olvidar esto, y cuando yo se lo recordaba, decía que aquello no había sucedido y que nadie se había entrometido en sus decisiones, pero soy mujer, y hay ciertas cosas para las cuales la memoria no nos falla, desgraciadamente.

Viajamos por España como quince días, descubriendo rincones mágicos de la Comunidad Valenciana mientras cumplíamos la agenda de comidas y cenas con amigos y algunos familiares, para hacer luego varios días más intensos en Barcelona y finalizar en Madrid, donde nos despedimos. Una vez más, fue un viaje extraordinario en el que hubo coche de alquiler, tren, avión, pueblos llenos de encanto y dos ciudades emblemáticas. Me organizó un precioso cumpleaños, mi número veinticuatro, en el pintoresco pueblo blanco de Calpe, frente al mar. Mis lágrimas silenciosas a la salida de Nueva York fueron reemplazadas por llantos ruidosos con vómito incluido tras el despegue, pero por el dolor, no por el vuelo. De nuevo me invadió la zozobra de cuándo nos volveríamos a reunir.

Aprendí a amar a ciegas, a distancia, a confiar en alguien más al confiar en mí misma. Pero, sobre todo, aprendí a ser paciente y a esperar por las cosas que realmente valen la pena. De septiembre a marzo del siguiente año la relación alcanzó madurez y credibilidad, y llegó la tan esperada visita de mi novio cibernético a mi Chihuahua. A mí me daba igual, lo podría haber seguido a cualquier otra parte del mundo sin pensarlo, pero parecía que también para mi familia y amigos era importante constatar su existencia.

Acudió a mi casa por unos días y de nuevo emprendimos la gira, ya que ambos éramos viajeros empedernidos. Aprovechamos la Semana Santa rarámuri, una fiesta de sincretismo religioso y tribal de majestuosa envergadura. Yo sabía que para la mayoría de los españoles con vena aventurera es particularmente especial conocer culturas autóctonas, reales, así que organicé una ruta matadora, pero llena de sorpresas. Tras visitar la zona del Cañón del Cobre y admirar la impactante naturaleza, acudimos a Norogachi, sitio donde tiene lugar una de las más grandes y vistosas fiestas

tradicionales por aquellos años, cuando aún no eran visitadas por muchos chabochis.*

En la Semana Santa de la sierra Tarahumara, el paisaje es un tanto grisáceo, ya que aún no ha llegado la época de lluvias, y generalmente se distingue por ser un temporal de vientos fuertes acompañados del roce de la arena que se cuele por todas partes. Así pues, en la fiesta se percibe con fuerza el contraste de color de los trajes de las mujeres indígenas, quienes separadas de los hombres se protegen de estos vientos con rebozos multicolores. Ésa fue la primera estampa que impresionó a mi gachupín. Ahí estábamos, ocho “hombres blancos” en medio de centenares de rebozos fosforescentes. Cuatro de ellos éramos nosotros dos y otra pareja de amigos nuestros, y el resto lo conformaba el equipo de reporteros de la revista *National Geographic*, quienes negociaban sin éxito con el gobernador indígena por el derecho a tomar fotografías, hasta que apareció mi carismático hombre y logró que llegaran a un acuerdo. Tenía un don, era un auténtico encantador de serpientes, en toda la extensión que engloba esta frase. De pronto estaba tomando fotos en el interior del mismo atrio, disfrutando como niño en Disneylandia.

Por la tarde nos trasladamos para pasar la noche en un lugar fantástico, Tónachi, donde nos hospedamos en una casa hecha dentro de una cueva, cuya propiedad, protegida, nos permitiría atestiguar por la mañana los acontecimientos del día siguiente sin ser invasivos con los rarámuris. Cenamos afuera, con nuestros amigos, en una fogata bajo las estrellas y el murmullo intermitente de los tambores de la fiesta.

Tras el regreso a la capital del estado, volamos a Guadalajara, donde mi buena amiga Paloma nos prestó su coche para hacer una gira por las playas de Manzanillo y Vallarta.

Una vez más confirmábamos nuestro deseo de ser pareja formal y permanente, pero parecía que nuestra relación a larga distancia

* Hombres blancos para los indígenas tarahumaras.

estaba colmada de buenos momentos en viajes fabulosos y nos faltaba convivir como cualquier pareja de novios “normales”, que se pelean y se aburren de verse cada día. Por ello comenzamos a figurarnos una vida nueva en la misma ciudad, sin compromisos arrebatados.

Yo estaba investigando sitios para estudiar la maestría de mis sueños, por lo que Santiago se dedicó a la búsqueda de una que nos acomodara para estar juntos. De nuevo el señor destino nos regaló un máster perfectamente diseñado para mí en su propia ciudad, Valencia, que comenzaría en noviembre de ese mismo año. Me apresuré a titularme, a tramitar visado, dejar el trabajo y lanzarme a la nueva aventura, con el plan de vivir en la misma ciudad, como dos personas comunes. ¡Qué lejos estábamos de saber que no podríamos estar separados ni un solo día!

V

24 de abril de 2012

No puedo dejar de pensar en todas esas noches en las que me despertaba la inquietud de que pudiera morir y yo no me enterara, por lo que constantemente lo miraba, lo tocaba; cuando no estaba, lo llamaba, no quería estar ausente. Esa noche, la de su muerte, recibí el golpe de la conciencia con un llamado de intuición femenina o como se llame, y por un impulso me lancé al hospital en un taxi, cuando no me tocaba el turno. De una forma similar nos reunimos allí los cuidadores de los últimos meses, su padre, su hermano, su mejor amigo y yo. Pasamos la noche todos juntos, angustiados, deambulando por pasillos vacíos, incrédulos, agotados, y lo vimos luchar a más no poder hasta el final.

A la noche siguiente pensé que al menos mis pesadillas y sobresaltos llegarían a su fin, pero nunca estuve más equivocada. Las pesadillas han tomado rutas insospechadas, todas en torno a la enfermedad, a la muerte, a la resurrección, a la zozobra. Me pregunto: ¿cuándo acabarán?

VI

Noviembre de 1999-enero de 2001

Su madre nos hizo el favor de conseguir un departamento amueblado de alquiler, justo detrás del edificio de la casa de ellos. Mis hermanos me acompañaron unos días para establecerme y como pretexto para pagarse un viaje por Europa mochila al hombro. Sólo los días que estuvieron mis hermanos en Valencia guardamos la compostura de dormir “cada uno en su casa”, porque al día siguiente de que se fueron, ya no pudimos pasar ni un día más separados. Santi fue mudando sus cosas poco a poco, sin pedir opinión ni consentimiento a nadie más que a nuestro propio sentir de amor incansable y perfecta complicidad.

Me convertí en una feliz ama de casa en una ciudad fantástica, que estudiaba la carrera de sus sueños acompañada del ser amado. No podía pedir más a la vida. Pinté nuestro apartamento de colores mexicanos, y vivíamos el día a día con toda la ilusión, haciendo muy frecuentemente cenas de amigos, saliendo de fiesta juntos, haciendo pequeños viajes cada vez que podíamos, disfrutando uno del otro sin más. Sin boda ni papeles ni historias.

Santiago trabajaba en El Corte Inglés de Nuevo Centro en el turno de tarde, así que, como muchos españoles, hacíamos más bien vida nocturna, y era bastante habitual acostarnos a hora avanzada viendo películas en la salita que habíamos acondicionado para tal efecto. Él se había encargado de todo lo relacionado con el *home cinema*, y yo en convertirla en un espacio nuestro, acogedor. Pasamos largas veladas en un cómodo sofá, con una mantita y la perra a los pies.

Así estábamos esa noche, recién puesta la película de *Shakespeare In Love*, cuando por error se saltó del video a la antena y vimos que entrevistaban a un tipo en televisión que estaba diciendo que harían una expedición a la sierra Tarahumara de México. Nos miramos alegres y nos olvidamos de la película, que hasta la fecha no he visto.

Santi me explicó que se trataba de una jornada de trescientos jóvenes dirigida por un hombre que años atrás había hecho programas de televisión en expediciones de aventura muy interesantes, pero en ese momento no entendí la magnitud del personaje en cuestión.

El espíritu arrebatado y la pasión con que Santi tomaba las cosas era envidiable. Terminado el programa, se levantó y me dijo: “Le vas a escribir un correo a este señor y le vas a decir que tú conoces de sobra la sierra Tarahumara, y que estás a sus órdenes para preparar la ruta”. Lo tiré a loco, como tantas veces, y me fui a la cama, pero su alma soñadora y cabeza no tardó ni dos días en actuar. Entró en mi correo y escribió de mi parte la bendita colaboración que yo ofrecía.

“Está loco”, pensé, hasta que un día, mientras preparaba la comida, recibí una llamada a mi celular de un hombre que hablaba muy deprisa, sobrado de confianza en sí mismo y que me decía: “Hola, soy Miguel de la Cuadra. Recibí un correo tuyo y necesito que vengas a Madrid esta semana para que me ayudes a preparar la Ruta Quetzal en su paso por la sierra Tarahumara. Si te parece bien, nos vemos el jueves en el sótano de la Plaza de Colón a las 10 de la mañana”. Y colgó.

“¡Pero bueno! —pensé yo—, ¿y este tipo quién se cree que es? ¿En qué momento me dijo quién me va a pagar?” Y enseguida llamé a mi coleguita para refregarle su travesura de entrar en mi correo. ¿Cuál fue su reacción? Les contó a todos los compañeros de trabajo y me dijo: “¡Te vas!” A mí lo único que me importaba en ese momento era ver quién diablos me iba a pagar el billete del tren. Pero me fui.

Fue un día memorable. Llegué con el tiempo justo, así que tomé un taxi a la citada plaza, busqué la entrada al sótano y me dijeron que estaba cerrado, pues se estaba preparando una exhibición sobre América Latina. Cuando dije que tenía cita con el señor De la Cuadra, me pasaron enseguida.

El problema ahora era que no lo recordaba de la tele y no estaba muy segura de saber quién era, así que fui preguntando de uno en otro. Me veían con cara de circunstancia, como si los mexicanos estuviéramos obligados a saber quién es Miguel de la Cuadra. Ahora sé que deberíamos estarlo.

Cuando le pregunté a él mismo, me regaló una amplia sonrisa y me tomó de la mano para ya no soltarme. Me dijo que me agradecía mi audacia con el correo y que le iba a ser de gran utilidad. No me dejaba hablar y me llevaba como faldero a todas las paradas que hacía con éstos y aquéllos hasta que salimos de ahí y me preguntó: “¿Conduces? Porque me acabo de lesionar la columna al descender de un helicóptero en una cuerda y no ando muy bien”, al tiempo que me lanzaba las llaves de un coche de película, un Jeep amarillo del setenta y tantos, con llantas altas y múltiples adhesivos de las cosas más extrañas.

Y ahí voy con él a hacer sus diligencias del día mientras hablábamos. Yo conduciendo, claro, por las bellísimas calles de Madrid. No perdía ni un minuto de su tiempo. De inmediato comenzó a interrogarme, me hacía preguntas sobre mi vida, estudios y trabajo, al tiempo que me contaba que ese coche lo había acompañado en cientos de aventuras y tantos miles de kilómetros por sitios como el Amazonas o el Congo.

Hicimos tal clic, que parecía que nos conocíamos de toda la vida y nos reíamos a cada instante. Para mí no era nadie, por lo que no le iba rindiendo pleitesía como los demás y, al parecer, eso le gustaba. Me pidió que, de pasada, llegáramos al Ayuntamiento de Madrid, donde tenía que hablar dos minutos con el alcalde. Me iba dirigiendo, y de pronto me dijo: “¡Aquí!”, y se bajó con gran

autoridad y retiró las barreras metálicas de una plazoleta para que yo metiera el coche. Para mi asombro, enseguida llegó un policía, pero no venía a quitarnos ni a multarnos, ni a pedirme mis papeles, no, venía a pedirle un autógrafo a Miguel. *Spain is different.*

Lo esperé montada en el Jeep, porque así me lo indicó, y regresó en breve cargado de regalos. Me preguntó si mi novio gastaba corbatas y me entregó una corbata azul cielo con angelitos que le acababa de dar José María Álvarez del Manzano, porque a él no le hacía falta.

Como le acababa de comentar que estaba solicitando una beca de la Agencia Española de Cooperación Internacional, me dirigió para que lo llevara hasta allí, y me pidió que lo acompañara con el mismísimo director, a quien me presentó y le encargó mi beca, con tal frescura como si le estuviera pidiendo un vaso con agua.

Luego pasamos a comprar comida para sus perros (tenía varios mastines españoles) y entre todos estos trayectos hablamos y hablamos de todo. No logro entender cómo, pero llegó la confianza a tal grado, que Miguel me hizo una confesión muy personal que guardaré por siempre.

Nos trasladamos a Boadilla del Monte, donde tienen su cuartel general de la Ruta Quetzal, para reunirnos con el resto del personal que laboraba de planta en la organización. Muy simpáticos todos, estuvieron escuchando con atención mis recomendaciones de recorrido y los sitios que debían de tener en cuenta.

Luego Miguel me invitó a comer a un sitio fantástico, cerca de la sierra, donde saboreamos jabalí y venado. Continuamos con las confidencias entre charlas de sus y mis andanzas por la sierra de Chihuahua, como si hubiéramos coincidido en más de una de ellas. Por la tarde me acercó de nuevo a la oficina para regalarme un sinfín de cosas, entre las que recuerdo especialmente un libro sobre el chile y un atado de chocolate puro de Oaxaca. Por la noche, cuando me llevó a mí misma a la estación de Atocha en su

Jeep y con su compañía, ya me había enamorado para siempre de don Miguel de la Cuadra Salcedo.

Fue un honor. Cambiaron su programa de Chihuahua exactamente como les dije que lo hicieran, y además acordamos que continuaría colaborando durante los preparativos y en un viaje de avanzada con el equipo organizador. Los días siguientes seguimos hablando por teléfono, y Miguel me pidió que participara en la ruta con los profesores con tres cosas específicas: una charla a los trescientos jóvenes bajo la luz de la luna de Cáceres, en el monasterio de Carlos V, sobre mis expediciones a la sierra Tarahumara; otra charla sobre la arquitectura de las Misiones Jesuitas en la propia sierra, cuando el grupo llegara allí, y la última y redonda: participar en el Taller de restauración que se llevaría a cabo en el monasterio, nada más y nada menos que de adjunta con el arquitecto Ignacio Gárate. Por todo ello, recibiría pago de viáticos para mí y mi chico, dotación de ropa de Panamá Jack, y pago de honorarios. Aún no me explico por qué fui tan afortunada.

Viajamos en tren hasta Yuste, en Cáceres, donde nos esperaba una habitación de ensueño en el Parador de Jarandilla de la Vera, adjunto al monasterio de Carlos V. Miguel estaba ya muy ocupado con la Ruta en pleno desarrollo, en acción entre la gente, con las cámaras que lo siguen como sombras, amigos siempre a su lado, pero no perdía nunca el foco y no dejaba de dar a cada uno su lugar como un auténtico caballero. Me dijo que le alegraba conocer al valenciano, como lo llamó siempre, y comenzó a darme la lata de que por qué no me casaba ya con él. Santi disfrutaba como enano, y yo de verlo, rodeado de gente extraordinaria, en un escenario precioso.

Miguel, que no dejaba de estar al pendiente de todos, me llamó para decirme que me esperaba un coche para llevarme a comer a un pueblecito cercano con don Ignacio Gárate, con quien no sólo comimos, sino que caminamos por diversas calles hablando de arquitectura de tierra, conservación, docencia de la arquitectura, etc. Un

sueño hecho realidad. Él ha escrito varios libros, dos de ellos eran para mí mis biblias, mis almohadas, mi reposabrazos en el baño, y de pronto lo tenía tomado de mi brazo mostrándome su humildad y conocimientos como un viejo maestro. Y digo humildad porque, a sus setenta y tantos, tras haber restaurado centenares de edificios históricos en España y haber escrito tratados sobre los materiales, aún tomaba nota en una libreta de las pocas cosas que yo le podía aportar sobre el adobe, anotando cuidadosamente mi nombre y fecha. Sólo Miguel puede maniobrar esa clase de milagros.

Si de algo me siento satisfecha, es de que nuestra relación fue tan sólida que nos complementaba como personas, nos permitió crecer y sacar lo mejor de nosotros mismos, gracias al impulso constante del otro, al aumento de la confianza que nos teníamos mutuamente.

Santi había vivido una infancia y juventud bastante plena, a pesar de saber que una enfermedad congénita, aunque dormida, estaba ahí a la espera de cualquier cambio sorpresivo. Pienso que por ello fue un niño extremadamente cuidado, y que le había faltado vivir algunas experiencias, como la simple vivencia de haber tenido una mascota, un perro.

Después de un hámster que amaneció muerto entre su propia comida, y un pájaro sucio que devolví a su abuelo, le dije que era el momento de que cumpliera su sueño de tener su propio perro. Le di el sermón de que era algo muy especial, que demandaría mucho trabajo (sobre todo viviendo en un piso), y que no había vuelta atrás, pues no era un juguete, nos dimos a la tarea de estudiar sobre razas y visitar casas de animales, etc. y llegamos a la conclusión de que lo que quería era un perro compatible con niños y de raza grande, ya que, según él los perros pequeños eran mariconadas, dicho en tono de broma, ya que para nada era homofóbico. Me gustaba que pensara en un futuro con niños.

En enero conocimos a *Yera*, la elegí yo entre once cachorros de labrador, dorados todos, en un chalet del poblado de La Eliana,

y me conmovió porque tenía un pequeño pelado en el manto, pensando que por ello no la elegiría nadie. Claro que no se lo dije a Santiago hasta meses después, cuando ya estaba enamorado de ella hasta la médula. La elegimos y la visitamos en dos ocasiones, hasta que llegó el día de llevarla a casa un 14 de febrero, sin duda uno de los más intensos días de nuestra historia. Era tan lista que aprendió enseguida los modales de un perro de ciudad, como todos los perros españoles. Me sorprendía la paridad de aprendizaje de ella con él, que nunca había tenido un perro, y ver cómo se tragaba los libros para saber educarla. Con un lenguaje de amor que traspasa especies, humana y canina, se iban convirtiendo en los mejores amigos, sumamente rápido y bien. A mí, desde luego, nadie me quitó el trabajo doble de limpieza en casa, y las horas de caminata mientras su padre trabajaba, pero me dio el ejercicio obligado y la bendición de haber hecho amigas en el barrio, un grupo de señoras que sacaban a sus perros y que, hasta la fecha, sé que puedo contar con ellas.

Yera nos motivaba aún más a salir, a la playa, a la montaña, a buscar ríos y embalses libres de restricciones y a viajar a hoteles que admiten perros. Su energía nos contagiaba y nuestro amor de tres desbordaba.

Un domingo de junio, como tantos que salimos con ella, nos reunimos en la playa de Cullera con unos amigos para comer, y tras el paseo habitual de la perra por la playa, nos despedimos de los amigos. Santi propuso que nos quedáramos a pasar la noche allí, en un hotel, en un arranque loco de los muchos que teníamos. Me pareció genial, era muy divertido hacer cosas fuera de la rutina, pero me incomodaba traer el perro y no saber si habría hoteles que lo admitieran. “Nada, espérame aquí que lo arreglo”, me dijo. Y entró al primer hotel que teníamos enfrente. Salió con la llave de la habitación.

Entramos a dejar a *Yera* en la terraza del cuarto y bajamos a cenar frente a la playa, en un sitio precioso que tenía un carrusel

italiano antiguo, al que subimos como dos niños de siete años. Acordamos después bajar a la perra para que hiciera sus necesidades antes de acostarnos y luego volvimos a la playa con ella, paseando tranquilamente a la medianoche. De pronto, Santiago le dio la orden de que escarbara en un sitio determinado de la arena, y la perra me trajo una cajita con un anillo de compromiso dentro.

Yo era tan tonta, que no había imaginado nada. Había caído redonda en el cuento de la noche improvisada fuera de casa, del hotel sorpresa y de todo. Y de pronto estaba allí, frente a los dos, llorando de alegría. Apenas pude decir: “¡Claro que sí!”

Como siempre fuimos contra la corriente, acordamos casarnos en enero, cuando no se casa nadie en España, lo cual nos representaba un ahorro sustancial en las tarifas de banquetes y salones, y pensando en la temporada baja para nuestro viaje de novios, como si los viajes anteriores no hubieran sido suficiente luna de miel en nuestras vidas.

Sería una ceremonia civil, pequeña y tranquila, o al menos ésa fue nuestra intención inicial. Mis padres estaban encantados. Por una parte, para que dejara la unión libre tan mal vista entre los familiares mexicanos, aunque su empatía con nosotros era sincera, algo que no percibíamos en los padres de mi novio. Su madre le dijo que lo pensara bien, que no tenía ningún caso casarnos. Tal vez veían la amenaza de perderlo si nos mudábamos a México. Nos dolía un poco, pero así continuamos con los preparativos llenos de entusiasmo. Para mí, era mi primera boda y deseaba que fuera la única, así que debía ser inolvidable.

Nos casamos muchas veces o, mejor dicho, tuvimos muchas fechas que nos condenaron a no celebrar ninguna. Más bien, celebramos siempre. Como un recordatorio global por la dicha de habernos conocido, y como prueba de que Santi nunca olvidaba el primer día de nuestro encuentro en la sala de chat, puso esa fecha como contraseña en todas sus cuentas bancarias y de correos electrónicos. Esta historia comenzaba así, redonda, triunfante desde el

principio; sin embargo, si me preguntan mi fecha de casada, diría que fue a partir de que me mudé a vivir a Valencia con él, porque es lo mismo que estar casados. El papel o la ceremonia religiosa no significan nada, no son más que actos sociales que se cubren para ser aceptados en una sociedad, pues lo que verdaderamente cuenta es la convivencia con una persona, el aguantarse todos los días. El matrimonio o la unión libre se construyen a base de negociar, a diario y de nuevo con la otra persona. Si consigues ser buen negociador y consecuente con tus defectos y los del otro, ya estás librado. Por eso recomiendo que las parejas se conozcan en las buenas y en las malas antes de casarse, y que siempre estén dispuestas a pactar con los gustos y aficiones del otro, porque luego los procesos de separación son muy dolorosos.

Nosotros nos queríamos casar a mediodía, en domingo, para que todos nuestros amigos pudieran asistir a una comida en un antiguo monasterio restaurado, y disfrutar de la tarde soleada de invierno en Valencia. Como lo primero que tuvimos pactado fue el sitio de la recepción, nos tocaba buscar un juez que quisiera casarnos en domingo, pues, desde luego, en el Ayuntamiento de Valencia era misión imposible.

Tras recorrer varios pueblos aledaños al del salón, encontramos uno, Gilet, cuyo alcalde estaba encantado con la idea de una boda en su pueblo: no se había celebrado ninguna en los últimos ocho años. Nos prometió casarnos personalmente en domingo, por lo que seguimos adelante con los preparativos, hasta que, muy adelantada la fecha, nos llamó para decirnos que sería imposible, ya que la boda no tendría validez oficial por realizarse en día feriado. Como él ya estaba tan comprometido con nosotros, nos sugirió un montaje: que fuéramos a casarnos el sábado, sólo con dos testigos, y que el domingo haríamos la ceremonia, leyendo el panfleto que él mismo había preparado, con bombo y platillo, como si fuera ése el día verdadero. Acudimos mi papá, mi suegra, Santi, yo y *Yera*, que iba de camino a la guardería canina para

pasar el día de la boda y los siguientes días de nuestro viaje de boda a Egipto.

La boda fue como de cuento de princesas, salí de mi piso de Valencia enfundada en mi vestido blanco, largo, sencillo, rodeada de mis padres, hermanos y algunos amigos, ante el estruendo de la tradicional pólvora que no puede faltar en los acontecimientos especiales de los valencianos. Tuvimos la ceremonia ficticia –nadie se enteró del montaje–, y luego una espléndida tarde de sol, vino, buena comida y mucho alcohol, baile, risas y alegrías. Terminamos en los jardines del salón con un precioso castillo de fuegos artificiales y, como era temprano, nos fuimos a un *pub* del centro de Valencia con los primos y amigos, quienes ya borrachos nos derramaban su amor y alegría. Recabamos tal cantidad de dinero con los regalos, que Santi pagó unas cuantas rondas por adelantado para todos y los dejamos en su ambiente, para irnos a un precioso hotel en la playa del Saler, a la rigurosa noche de bodas que, a pesar de no ser nuestra primera, fue inmensamente placentera y especial. Tuvimos una luna de miel, otra más, de once días en dos cruceros por Egipto, el primero por el río Nilo y el segundo por el lago Nasser, visitando ruinas, bazares, casas típicas y disfrutándonos uno al otro, como siempre.

VII

20 de abril de 2012

La casa del abuelo está llena de recuerdos y alusiones a la vida de su familia, que aparecen como fantasmas, a cuentagotas, sin nadie que nos cuente esto o aquello. Las van desvelando las manitas de mis hijos, por encuentros casuales al abrir cajones, armarios. Ya no hay nadie aquí para contarlos. El abuelo murió en octubre sin llegar a saber que su querido nieto pródigo había vuelto y que estaba muy enfermo. Por azares del destino recojo las piezas del rompecabezas de la historia de la familia para armarlo para mis hijos, para que no olviden de dónde salió su padre. He empacado la foto de boda de sus padres, un libro de poemas al pueblo natal, la postal del tío aventurero que un día se fue a Estados Unidos para no volver, una imagen del río Turia pasando por el cauce viejo, frente a esta casa.

A veces me vienen sensaciones de presencias físicas, aunque no me dan miedo. Se nos han perdido de forma inexplicable varias cosas, y se nos ha corrido el cerrojo del baño por dentro, entre otras cosas así. No sé si es una broma de alguno de estos espíritus.

VIII

Junio de 2001-enero de 2002

La vida en Valencia la vivimos a plenitud, pero llegó el día en que soñamos con un futuro lleno de oportunidades. Decidimos cambiar nuestra residencia a Chihuahua cuando me ofrecieron un trabajo extraordinario, relacionado con mi carrera, en mi propio estado. Santiago no dudó un instante, ya que él tenía muy claras sus perspectivas en la empresa donde trabajaba, una firma dentro de El Corte Inglés, y aunque eran los mejores tiempos en la España de las últimas décadas, y los sueldos y prestaciones eran de lujo, él no quería estancarse en un solo empleo para el resto de su vida, tenía sueños y muy grandes. Como siempre fue un aventurero, decidió que ésta era la aventura de su vida.

Hicimos una mudanza de trescientos kilos, cargamos con la perra y todas nuestras ilusiones. El proceso de empacado fue muy divertido, me recuerda estas noches de vela que compartía con mi amiga Jane. No sé porqué pensábamos que viviendo en un piso de alquiler amueblado casi no tendríamos nada nuestro, o de cierto valor, pero a la hora de elegir, hicimos uso de la bendita facilidad que dan las embajadas mexicanas conocida como “menaje de casa”. Trasladamos con nosotros una gran cantidad de objetos que, hasta hoy en día, están llenos de sentido para nosotros. Son libros, discos de música, artículos de los viajes que forman parte de nuestra historia, evidencias de este relato cargadas de significado y energía, si es que los objetos los tienen.

Nos mudamos a Chihuahua, donde me puse a trabajar con verdadera pasión en mi carrera, y siempre con el respaldo de Santiago, quien abrió un negocio que le permitiera seguirme a todas partes, apoyarme y amarme.

IX

2002 a 2008

Nuestros primeros años en Chihuahua no fueron menos apasionados. Obtuvimos grandes logros debido al esfuerzo de nuestro trabajo, al apoyo de mis padres y a la suerte. Algunos de ellos fueron satisfactorios, como tener una casa propia, un precioso negocio y muchos viajes. En definitiva, el logro más grande fue el concebir a nuestro hijo, el pequeño Santi, tras una larga lucha contra la infertilidad de mi esposo. Él estaba dispuesto a que me sometiera a una inseminación con un donante, pero siempre pensé que si teníamos un hijo biológico sería de los dos; si no, entonces adoptaríamos uno o varios con el mismo amor y empeño que la primera opción. Es decir, de los dos o de ninguno.

Por fortuna, el destino nos regaló una vez más en esta vida el encuentro con un ginecólogo, un biólogo de la reproducción, quien era más que un genio y que conseguiría lo que tantos otros médicos nos habían negado: concebir y tener un hijo. Con terrible pena debo decir que la vida de este genio fue arrebatada por unos asaltantes que quizá jamás sabrán el daño que ocasionaron con esta gran pérdida.

Con el hijo vino la torta: recibimos la herencia del abuelo de mi esposo y el apoyo incondicional de su hermano para abrir el negocio de sus sueños. Nos sobran energías para trabajar. Aun embarazada, hasta los ocho meses viajaba por todo el estado y subía a las azoteas de mis obras, para posteriormente ver cómo mi envidiable vida me permitía compaginar mi carrera con el ser

madre y esposa. Obtuve varios logros importantes y viajaba con mis hombres a todas partes.

Santiago irradiaba autoconfianza, me hizo crecer como persona y me tendió la mano para crecer como profesional, siempre tuvo más que apoyo hacia mi carrera, pues sabía que si estaba bien conmigo, lo estaría para él y mi hijo.

La vida nos seguía sonriendo y dando a manos llenas. Me llegué a preguntar si algún día la fortuna nos lo cobraría. Me niego a creer que esto se trata de una balanza que da y quita, pues veo a muchas personas con la balanza bastante desequilibrada.

X

Junio de 2008-noviembre de 2009

Desde niña he sido seguidora de un grupo de pop rock de la década de los ochenta. Su música, como dicen otros, ha sido el *sound-track* de mi vida. Me ha acompañado a lo largo de mis andanzas, en las buenas y en las malas. Aunque mi marido no compartía mi gusto por esa banda, debo agradecerle que me tolerara, apoyara y hasta siguiera en mis loqueras tardías. La historia de mis encuentros con ellos comienza de esta forma:

En 1985 descubrí una canción que escandalizaba grandemente por su lenguaje a la puritana madre de una compañera de colegio de la secundaria. A mí, su música, simplemente me fascinó. Desde entonces me convertí en fan incondicional de la banda, quien en mi país logró cosechar grandes éxitos a la altura de cualquier artista internacional de gran fama.

Yo tenía doce años cuando anunciaron el concierto en mi ciudad, lo cual era una ilusión y una fantasía, porque a una niña de esa edad no se le permitía ir a un concierto de esas características. Por el contrario, y para evitar una escapada inevitable, fui enviada casi de manera forzada a un campamento juvenil en la montaña a ocho horas de tormentosa caminata desde la última parada del autobús. Nada nos impidió esa noche celebrar el concierto a mi amiga Mayra y a mí, pues en la imaginación y bajo las estrellas, en la parte alta de una peña rocosa, bailamos y repasamos cada una de las canciones que se estarían tocando, y juré que la siguiente vez que se acercaran no me los perdería.

Pasaron veintitrés años desde entonces. Seguí cada una de sus grabaciones, descansos y reuniones, pero jamás había conseguido estar en tan esperado concierto, ni siquiera cerca de él. ¿La razón? Mi ciudad norteña de Chihuahua se localiza a 1 500 kilómetros de la ciudad de México, a 1 200 de Monterrey y Guadalajara, y a más de 1 000 de cualquiera de las ciudades que habían pisado en Estados Unidos. Y cuando estuvieron en Ciudad Juárez, en 2001, yo estaba en España estudiando mi máster.

El 20 de junio de 2008 tuve la fortuna de asistir a dar una conferencia en un seminario internacional en Cádiz, y tenía planes de regresar a Valencia ese mismo día para reunirme con mi esposo y con mi hijo, pero sobre todo, me daba tiempo para que tomara un auto al día siguiente y llegara a un pueblo que tuve que buscar en un mapa para saber cuán cerca estaría de conseguir el sueño. En todos los años anteriores tuve suficiente alimento para el espíritu con su música a la distancia, así que bien valía la pena hacer el esfuerzo para vivir el concierto en directo y tener alimento para los años que vinieran.

Para los españoles, recorrer ochenta kilómetros para ir a un concierto suena a locura, pero mi español chihuahuense ya pensaba distinto y no sólo le pareció estupendo verme como quinceañera a los treinta y tantos, sino que cuidó de nuestro pequeño para que me fuera yo sola por la tarde-noche al pueblo donde tocarían. Con el coche de alquiler y mi mapa impreso de internet me presenté allí, en Pego, Alicante. Ese concierto desencadenó la feliz locura de otros tres conciertos a los que pude asistir, gracias a la felicidad que mi esposo vio en mí y a que me apoyó con todo su empeño para acudir luego a Monterrey en marzo de 2009, a México D.F. en noviembre y en mi propia ciudad natal el mismo mes y año. Allí se divirtió conmigo persiguiéndolos como adolescentes desde los ensayos hasta el hotel, para conseguir un intercambio de saludos, entrega de regalos y sonrisas.

A pesar de que a finales de ese mismo año perdí a mi gran amigo, jefe y maestro de profesión, a quien admiré y quise profundamente, puedo contar con que mis años de conciertos con los Hombres G, gracias a mi esposo, fueron el colmo de la felicidad de mi vida.

XI

Abril y mayo de 2010

Los días que antecedieron a la llegada de los mellizos fueron como instantes. Miro hacia atrás y están salpicados de carreras. La fama llamaba a la puerta de mi esposo, subido en el carro de la política y la vida social en Chihuahua. Mi trabajo también estaba lleno de triunfos y nuevos retos. A pesar de todo, fueron unos días breves, afortunadamente, porque vivíamos con la adrenalina a tope.

Llevábamos tal vez más de cinco años en la lista de espera del DIF, organismo responsable de las adopciones en el estado de Chihuahua. Regresamos los tres a preguntar qué hacía falta para revivir el expediente, y nos dieron muy pocas esperanzas, dada la paternidad biológica que se había producido en nuestro matrimonio. Por razones obvias, tienen preferencia las parejas sin hijos.

Mi marido preguntó si era posible entrar directo al proceso si alguien nos elegía para recibir la custodia legal de su hijo. Dijeron que sí, y nos dimos a la tarea de notificar a todos nuestros conocidos del medio rural y a los sacerdotes del rumbo, que cuando supieran de alguna persona que estuviera en situación desesperada de dar un niño en adopción, que contara con nosotros.

Nuestro hijo estaba más que preparado mentalmente, le habíamos explicado con toda naturalidad que estábamos en búsqueda de un niño que se convertiría en su hermano adoptivo, pues se trataría de un niño sin padres. Visitábamos todos los años el Ejército de Salvación en la temporada navideña, y también la Granja Hogar de los Niños, para que el nuestro entendiera la situación

de esos críos, por lo que para él era algo natural, y muy bello, casi más que esperar sólo nueve meses la llegada de un ser humano.

Antes de lo que imaginamos, se produjo esa llamada. Se trataba de una mujer de edad madura en el octavo mes de gestación, que buscaba padres para sus mellizos. Enfrentaba una condición de pobreza extrema y un cúmulo de situaciones que la conducían a un camino muy complejo por delante. No será cometido de este relato contar los detalles, pues no considero que deba juzgar su decisión. Por el contrario, tengo que reconocer que admiro su determinación para llevar el embarazo a término, y en un acto de amor sin precedentes, amar tanto hasta el punto de hacer el sacrificio de renunciar a la dicha de verlos crecer, anteponiendo a la condena social el bienestar de ellos.

Los niños son afortunados por el amor que los ha rodeado desde siempre, por los sacrificios que se han hecho por sus vidas. Lo que sí contaré es con cuánta ilusión y nerviosismo los esperamos, preparamos los documentos pendientes para obtener el Certificado de Idoneidad, que incluye pruebas psicológicas, pruebas físicas, estudios socioeconómicos y entrevistas, y todo, absolutamente todo, se logró entregar en tiempo y forma, para recibirlos con todas las de la ley.

Hasta el último momento de la entrega de los niños, una vez firmada la renuncia a su custodia en el juzgado, fueron días de incertidumbre, pues sobre cualquier compromiso previo impera el derecho de toda madre a conservar a sus hijos. Se viven sentimientos encontrados, pues por una parte piensas en que, independientemente de la situación, si los niños permanecen con su madre, estarán bien, pero si sueñas con que podrían ser tuyos, y amarlos y disfrutarlos, también estará más que bien.

Los recibimos en un momento de muchos cambios en nuestra vida. Acabábamos de vender la casa sin poder hacer uso de la nueva, una antigua casona en el centro de la ciudad, y sin tiempo para rehabilitarla para recibir a la nueva gran familia. Por lo demás, lo

teníamos todo: guardábamos ropa y menaje de niño y niña desde hacía mucho tiempo, confiados siempre en que conseguiríamos adoptar a cualquiera de los dos.

Cada paso y cada movimiento durante la negociación, a través de los abogados, y la espera, provocan sentimientos por demás extraños. Estás en casa, esperando la llamada de que tu nuevo bebé ha nacido y deseando que todo esté bien. Con el paso del tiempo y las experiencias vividas en carne propia, me he dado cuenta de la maravilla que es ser madre, y del amor que se llega a tener, sin distinciones, por los hijos concedidos por natura o por la vida misma.

La entrega de los niños fue por demás conmovedora. Los abogados se contagiaron de nuestra emotividad cuando nos los entregaron, a tan solo unos metros y paredes de por medio de su madre biológica, quien nos hizo recomendaciones y encargos, a los que respondí con un mensaje de amor y gratitud.

Cuando recibí la llamada para preguntarme si estaríamos dispuestos a adoptar al niño y a la niña, que nacerían al cabo de un mes, dije que sí inmediatamente, porque tuve la sensación de haber estado esperando esa llamada toda mi vida. Al instante llamé a Santiago para comunicárselo. Lo aceptó con la misma convicción o más, si cabe, de que era lo que teníamos que hacer. No lo cuestionamos ni por un momento. Una vez más nos llenábamos de alegría y esperanza.

Durante los meses de la enfermedad, me llegué a preguntar muchas veces por qué la vida nos había enviado a los niños para tener una familia completa, y que luego tuvieran la maldita suerte de perder a su padre, quien los amaba como a nada en el mundo. Aun así, jamás he albergado ni el más mínimo pensamiento contrario al de la luz que ellos han traído a nuestras vidas, por muy breve que haya sido para él. Ahora pienso más bien que el destino me los otorgó precisamente para eso, para dejarme plena de propósitos, sueños y alegrías permanentes, que eso son los hijos.

La breve vivencia de la familia feliz compuesta por cinco miembros nos duró, digamos, cinco meses. No pudieron ser plenos, pues nos convertimos en una mujer aterrada por la expectativa de la enfermedad, y en un hombre que trataba de huir de la realidad, pero no podía evitar su propio deterioro.

La vorágine de criar a tres pequeños, llevar un negocio, una casa por reformar, tener amigos y familia en casa a toda hora, y no poder gritar a los cuatro vientos la verdadera angustia que estábamos viviendo nos agobiaba.

Los mellizos llegaron a un espacio de transición, pues entregamos la casa que vendimos unos días antes de su nacimiento, y nos mudamos a la nuestra al cabo de tres meses. Como siempre, mis padres nos apoyaron al mil por ciento, dejándonos su casa durante tres meses aun cuando ya era una familia numerosa. Quizás el oasis de felicidad que vivimos, y recordaré toda mi vida, fue el viaje a Mazatlán que hicimos en julio, con mis tías y la niñera de los chiquillos, improvisado y breve, pero intensamente feliz.

La primera vez que lloré amargamente por miedo a perder a Santi fue por un mero presentimiento, intuición, premonición, o como quieran llamarlo. Solo sé que fue una noche de agosto, antes de mudarnos a la nueva-vieja casa, aún alojados en casa de mi madre. Como buenos socios, nos dividimos la labor nocturna de cuidar a los gemelos. Acordamos pasar una noche cada uno con ellos, para, de esa manera, descansar una noche completa, y así recuperar fuerzas de forma alterna. Nos ubicábamos en habitaciones extremas para no escuchar llantos ni ver luces ni nada. En esos días noté cómo se desgastaba físicamente Santiago de una manera excesiva y rápida. Parecía una exageración mía, pero una noche que me tocaba dormir, claramente escuché en la otra orilla de la casa, el golpe seco de un bebé al caer de la cama y enseguida el llanto. Me levanté de un salto y corrí a quitarle a la niña con furia, con reclamos, gritos, etc., y tomando mi papel de *superwoman*, decidí que era la última noche que pasaba con los niños si no era capaz de vigilarlos.

Lloré de profundo dolor al pensar que se moriría y me dejaría sola con los tres niños. No tenía ninguna razón aparente para hacerlo, pero claramente lo pensé, y mucho tiempo me sentí mal por ese absurdo presentimiento. No estaba, sin embargo, lejos de la realidad que me esperaba. Ésa fue la primera de muchas noches en que me sentí en el fondo de un pozo, con dolor, amargura, llanto, cansancio, desesperación, sensación de ahogo, incertidumbre, ganas de desaparecer.

XII

Septiembre y octubre de 2010

Esa terrible verdad oculta me inquietaba, y siempre que veo un problema venir, enseguida trato de buscar la solución, por lo que me convertí en una verdadera espina en el trasero de mi marido para que fuera al médico, a la revisión habitual anual, a la que no acudía desde hacía más de un año. Nos costó bastantes disgustos entre nosotros, pero finalmente conseguimos la cita con la especialista en gastroenterología en el hospital Morelos del IMSS. Sabíamos que tocaba nuevo médico, por lo que nos fastidiaba volver a contar toda la historia. Esperábamos el susto habitual de los médicos nuevos al ver sus resultados de analíticas, sin imaginar los disparatados números que alcanzaría después.

Efectivamente, la nueva resultó ser una chica joven, guapa pero inexperta. Parecía muy profesional, por lo que sentí cierta tranquilidad al ver que demandaba mayores pruebas, tomografías y sonogramas para ver el hígado. Le dije que lo veía muy desnutrido y fatigado. El encanto del profesionalismo empezó a acabarse cuando, al ver los resultados, dijo: “Don Santiago, su hígado se ve bastante feíto”. ¿Feíto? ¿Qué espera de un hígado con fibrosis? Bonito no es. ¿Pero qué más? Nada, solo decía que era muy feíto, y enseguida llenó formatos con órdenes de hospitalización para realizar una biopsia.

Ella buscaba un carcinoma hepático en las manchas que veía en las imágenes y que podían ser varias cosas, no necesariamente un cáncer. Ahora pienso que ella hizo lo mejor que pudo con el conocimiento que tenía en ese momento. Lo que pasó fue que

le tomamos mala idea por haber sido la portadora de horribles noticias falsas, que coincidieron con el desencadenamiento de los más terribles acontecimientos en nuestra joven vida de amor y felicidad. Creo que un día la buscaré para decirle, o más bien recomendarle, que cuando se tiene la sospecha de una enfermedad tan grave como un cáncer en estado avanzado, no se debe ir de boca antes de tener los resultados en la mano. A nosotros se nos caía el mundo encima, nos ahogábamos, nos despedíamos antes de tiempo. No sé hasta qué grado las emociones influyen en el estado físico de una persona, pero puedo asegurar que nosotros envejecimos varios años en esa semana.

Para hacer la biopsia, el procedimiento es bastante sencillo y, en la mayoría de los casos, se realiza en el área de ambulatorio, pero un hombre que tiene plaquetas bajas y alargados los tiempos de coagulación, puede tener un riesgo mayor de hemorragia, por lo que debía ser hospitalizado, preparar donadores de sangre en caso de requerir ser transfundido, y no sólo con sangre, sino contar con dos unidades de plaquetas que lo prepararían para la biopsia, pero cuya extracción y donación requieren de un procedimiento bastante más complejo.

El Instituto Mexicano del Seguro Social es una gran institución, a mi parecer, si no fuera por los mexicanos. Y no me refiero a los usuarios, sino al grueso de los mexicanos no usuarios del Seguro, aquellos que por considerarse en un estatus superior no están afiliados, o que por preferir el desvío de recursos de sus empresas, evaden el pago de cuotas de sus trabajadores. Si todos los mexicanos cumpliéramos con nuestra obligación y exigiéramos el derecho a la seguridad social de calidad, la tendríamos. Eso sin mencionar, desde luego, los desfalcos de los directivos, y los menos, de parte de algunos empleados que, como todo burócrata, padecen la enfermedad de la apatía para cumplir al cien por ciento con su trabajo. Imaginemos que realmente la institución contara con los presupuestos adecuados, creo que con poco se iría para arriba, pues realizan verdaderos milagros con lo que tienen.

El hospital Morelos de Chihuahua es una verdadera calamidad, está sobresaturado, rebasada su capacidad por la cantidad de pacientes que demandan servicios. La estadía en él es desastrosa y deprimente, cierto, pero aun así, para el que no tiene nada, la diferencia entre la vida y la muerte lo es todo.

A Santiago y a mí nos tocó la experiencia de acudir dos días seguidos a esperar cama durante horas, sin éxito, mientras nos comía la angustia o el dolor. Fueron mis primeros desesperos. La paciencia o resignación, el entendimiento de que el tiempo es relativo se cultiva y aprende como una lección de escuela antigua. Aunque la angustia y el dolor sean los mismos en un hospital de lujo, quizá te deprima el doble si el ambiente en el que te encuentras está sucio, deteriorado y con la gente amontonada.

En esos días, verdaderamente me sentí sumida en lo más profundo del pozo, dando patadas de ahogado, arañando las paredes para poder salir. Santiago fue ingresado en una sala común con nueve hombres más, la mayoría enfermos de cáncer.

Con la angustia en el rostro y sin poderla disimular, intentaba darle ánimos sin estar muy segura; además, iba y venía como loca a mis deberes de casa, trabajo, niños. Para un procedimiento de media hora debimos estar en el hospital tres días, por pura burocracia. La doctora nos visitaba sólo para dejarnos el nubarrón más negro. Decía que era muy probable que se tratara de cáncer, y que sería tan avanzado que tal vez ya no se podría hacer nada. ¿Cómo se atrevió a decir eso? Lógicamente, lloramos juntos, muchísimo, sin que eso fuera verdad. Sería una razón suficiente para demandarla.

Dicen que en la cama y en la cárcel se conoce a los amigos. Hubiera preferido que se probase esto en otro tipo de cama, pero no hay nada más cierto que este refrán popular. Cuando nos pusimos a conseguir los donadores de sangre, la cosa se volvió relativamente sencilla, pero cuando nos pidieron plaquetas, se complicó bastante, pues debía ser un donante masculino, fuerte, sano, que no tomara ningún medicamento, de su mismo grupo

sanguíneo, y que tuviera el valor y las ganas de conectarse a una máquina durante varias horas para circular su sangre y extraer las unidades de plaquetas. El héroe fue Víctor, un verdadero amigo de Santi, quien aguantó como un campeón. Su amigo de andanzas locas en Chihuahua, de la lucha libre a las carreras, y excursiones a los pueblos viejos.

La biopsia se realizó sin mayor complicación, y me entregaron a mí la muestra para llevarla al laboratorio, algo usual en el IMSS, pero totalmente inadecuado, pues debería de ser un procedimiento interno con un alto control de calidad. Para mi fortuna, hablé con el encargado de patología, quien con toda sinceridad me dijo que, según el retraso que llevaban, los resultados estarían con seguridad al cabo de tres meses. Si el resultado hubiera sido positivo, el carcinoma habría acabado antes con el paciente. Así que me entregó la tarjeta de un patólogo en el centro de la ciudad, justo detrás de mi casa, y me volví a la habitación con mi trozo de hígado en un frasco de Gerber reciclado.

Al día siguiente le dieron el alta a Santi y nos tocó pasar aún una noche de horror esperando los resultados del patólogo del centro. Él no tenía valor ni fuerzas para salir de casa y abrazaba a los niños como un condenado que moriría en cuestión de horas; algo totalmente injusto. Así que me tocó ir a mí sola a recoger el resultado y leerlo en mitad de la calle con el corazón, literalmente, saliéndome por la boca. No entendía toda la jerga médica, pero cualquier esfuerzo clarificaba que ahí no había cáncer. Nos abrazamos, lloramos, pero la zozobra ya estaba infiltrada en el cuerpo, y jamás volvimos a ser los mismos.

Santiago, de la alegría pasó al coraje contra la doctora por habernos hecho pasar esto. Así que tomó el papel y se lanzó al Seguro a buscarla en piso y a mostrarle la hoja. Ella no pudo disimular su sorpresa, pues estaba tan segura que ni siquiera dijo “lo siento”, o “me alegro”, sólo comentó, que de momento no había y que repetiría las analíticas cada dos meses. Nos estaba sentenciando a mediano plazo.

XIII

Noviembre de 2010-febrero de 2011

De ahí en adelante se aceleró todo, comenzaron a aparecer nuevos síntomas del deterioro hepático, pero no se podía hablar con él de eso, estaba sensible, decía que no tenía nada, que lo dejara en paz, quería escapar de una realidad de la que ya no había salida. Yo no dormía de ver cómo estaba perdiendo peso, reteniendo líquido, fatigado.

Para colmo de males, llegó diciembre, y con él la visita de sus padres de España, con quienes estaba estrictamente prohibido hablar de la enfermedad con la verdad, según costumbre familiar de ellos. Para mí era doble angustia, sufrir y callar, algo que saltaba a la vista y gritaba a voces.

Lógicamente, el estrés en casa fue en aumento. Ya no sólo eran nuestras discusiones durante la noche o en el baño acerca de hacer algo con su salud, sino las discusiones laterales de Santiago con su madre por cualquier tontería cotidiana, ocultando la verdadera razón de su fatiga mutua. Fue demasiado.

El 31 de diciembre mis suegros salieron de casa por la mañana para dar una vuelta, y frente a la Quinta Gameros del Paseo Bolívar, mi suegra cayó al suelo muerta a causa de un infarto fulminante. Así de absurda e increíble es la vida. Semanas antes nos debatíamos pensando que Santi estaba condenado a muerte; días después, luego de un sufrir interno que no acababa de salir de nosotros y en menos de un segundo, mi suegra ya no estaba en este mundo. Los paramédicos no pudieron hacer nada. Llegó

enseguida la camioneta del forense y recogió el cuerpo de la misma banca donde la colocaron los que ayudaron a mi suegro a verla caer. Ella fue una gran mujer y sufrió por su hijo desde siempre. Le tocó vivir la enfermedad desde la primera biopsia, cuando detectaron la fibrosis en 1973, a su niño de cuatro años, y pienso que no merecía soportar lo que vivimos los demás después.

Como no podía faltar en Chihuahua, vivimos la experiencia de encontrarnos dentro de un cerco, acordonado por la policía con una cinta roja, lamentablemente muy común en los últimos años por asesinatos cometidos en nuestras calles. Sin explicación lógica, comenzaron a llegar funerarias con tarjetas promocionales, y prensa, incluso antes que los propios agentes del Ministerio Público. Lo triste es que la prensa se retiraba con la misma rapidez que llegaba al escuchar que se trataba de muerte natural. Un infarto no vende periódicos.

Mi suegro no pudo soportar la pérdida tan sorpresiva de la que fuera su compañera durante casi cincuenta años, y se regresó a España enseguida para realizar un funeral en Valencia con la familia de su esposa. Y nosotros, de vuelta a la realidad una vez más.

Santiago se negó a hacer el viaje para asistir al funeral de su madre porque, aunque no lo admitiera, ya era consciente de que no tenía fuerzas, por lo que optó por organizar un funeral modesto en Chihuahua con su propia gente.

Entonces comenzamos con un dilema nuevo: yo tiraba a la ciencia, y Santi, a la espiritualidad. El problema es que tampoco llegó a creer firmemente en ninguno de los diversos personajes que de buena gana le ofrecían sesiones de terapia mental, mantras, oraciones, chamanismo, de todo. En casa pasábamos de las limpias a los mantras, a las oraciones a gritos de los pastores cristianos, a la típica visita a san Judas, etc. Yo no dejaba de insistir en la ciencia médica. Así que, por poner un poco de paz en nuestro desgaste diario, accedió Santiago a acudir a un médico internista de la Clínica 33, quien al ver la situación nos dijo que lo que teníamos

que hacer pronto era acudir con un buen especialista en hígado, y nos dio el nombre de una doctora que estaba en Ciudad Juárez tras hacer una especialidad en Barcelona. Me dijo que la buscara en Facebook, y así fue como la encontré. Un verdadero ángel.

Me dio cita enseguida en su consulta privada en Ciudad Juárez, y ahí estuvimos, por fin, en manos de alguien que sabía lo que estaba pasando. Ella nos dijo que, efectivamente, la fibrosis estaba avanzando, pero que aún no se alcanzaba la puntuación para ser candidato a trasplante, cosa que a mi marido le alegró bastante, pero que en esa situación podía ocurrir de forma repentina, por lo que debía comenzar a preparar el expediente protocolario, que conlleva una decena de especialistas con sus respectivos estudios. Ella sabía que se venía un proceso largo y pesado, difícil de solventar por medios propios, por lo que no tuvimos que decir que se haría todo por el Seguro Social. Ella estaba apelando a su sentido humano y profesional, por encima de sus intereses económicos, cosa que lamentablemente otros médicos han perdido.

XIV

Febrero a junio de 2011

A partir de la primera cita, se sucedieron muchas. La doctora echaba mano de su carisma y amistades, y contó con el apoyo del personal de la clínica 66, en quienes percibimos también unas verdaderas ganas de trabajar y de hacer el bien por encima de la burocracia.

En un periodo aproximado de tres meses hicimos muchos viajes a Juárez, para conformar el expediente de estudios previos al trasplante. Pasamos por el cardiólogo, el neumólogo, el psiquiatra, el nutriólogo, el urólogo, y cada uno indicó sus respectivos estudios preliminares; algunos de ellos subrogados por el propio IMSS. Los mismos médicos procuraban juntar los estudios con las citas para que hiciéramos la menor cantidad de viajes. Nosotros ponderamos el hecho de viajar a Juárez para hacer todo esto, y ni el tiempo de espera en el hospital de Chihuahua ni el costo de hacerlos en la medicina privada, nos compensaba. Sí, era un desgaste físico superior, pero nos lo tomábamos como siempre, tratando de disfrutar al máximo las horas de carretera, hablando, escuchando nuestra música, admirando el cambiante paisaje del desierto chihuahuense. Siempre nos ha resultado placentero el tiempo que cuesta recorrer el estado de Chihuahua. La belleza del paisaje es sobrecogedora, cada temporada del año es cambiante en colores, sensaciones y aromas. Te puedes sorprender con su fauna, con los extremos del clima, pero sobre todo con su gente.

El entusiasmo de mi marido por las compras siempre nos generaba conflictos, en eso era como una mujer, y yo como un hombre, según los estereotipos de nuestra sociedad actual, así que ir de compras a El Paso no me alegraba mucho. En estos viajes de las citas médicas, yo misma las promovía para alegrarlo un poco, pero la última vez que lo intentamos nos dimos cuenta de lo mal que estaba su condición física. Se agotó en unas cuantas horas de tiendas, y lo peor de todo fue que no pudo cenar ni un bocado en nuestro restaurante favorito.

Decidimos pasar la noche en un hotel para descansar, y fue una más de las noches de pesadilla. Yo no podía dormir al oírlo quejarse de manera casi silenciosa, pero constante. Él decía que no se daba cuenta, pero siempre he pensado que era una manifestación del subconsciente, ya que durante el día no se quejaba en lo absoluto. Así fue hasta el día de su muerte.

No recuerdo cuánto tiempo pasó, así de horrible y rápido fue su deterioro hasta alcanzar límites inimaginables. Los últimos días del caliente mes de mayo en Chihuahua, Santiago se metió a la alberca con los niños, y se expuso al sol de medio día demasiado tiempo. No me hizo ningún caso, como un niño malcriado, ausente, y esa misma noche comenzó la fiebre que nos perseguiría como una sombra oscura y dolorosa por los siguientes meses.

Pasamos varios días enviando mensajes a mi doctora a cada rato, preocupada por la fiebre, sin saber qué hacer, pero ella no estaba en México y no me respondía, hasta que la situación se hizo insostenible. La descompensación del cuerpo fue extrema, no conseguía estar en pie, caminaba en zigzag, no podía entablar una conversación y la nutrición comenzó a irse al garete.

No pude más y lo llevé prácticamente cargando a urgencias del sofocante hospital Morelos. En una situación de gravedad como era la de Santiago, viví la impotencia de que no hagan NADA literalmente por ti y que bien te puedes morir. Lo ingresé a las 9:00 a.m., y a pesar de que estuve en la sala de espera, colándome

a cada rato, insistiendo y peleando con cada persona que me topaba dentro, nadie había hecho nada por mi marido hasta las doce de la noche, quince horas después, si es que a ingresarlo en un cuarto sin ningún tipo de atención se le puede llamar “hacer algo” por él. Y todo por la ignorancia total de los médicos en turno, ignorancia y negligencia de no admitir que no tenían ni idea de lo que estaba pasando con su cuadro clínico.

Yo estaba desesperada, les tiraba todo el rollo de la enfermedad y de las posibles causas de esta descompensación, les leía los análisis de sangre que yo misma había exigido durante el día, mostrándoles cómo estaba subiendo la biliburrina, y sólo me topaba con más ignorancia y desconocimiento. Parecía que estaba yo más al tanto, sólo por las noches de desvelo en las que me devoraba la información que hay en internet sobre la enfermedad. Mi doctora no aparecía y yo no veía una salida.

Como una loca, recorrí el hospital a media noche en busca del director, o encargado, hasta que lo encontré. Resultó ser un vecino mío de la infancia. Con el estrés de quince horas muerta de miedo, frío y calor, le expliqué mi desesperación y éstas fueron sus devastadoras palabras: “Como director de este hospital te digo, sí, que lamentablemente no podemos hacer nada por tu marido, porque no lo verá un especialista sino hasta el lunes (era viernes). Estoy atado. Como amigo te recomiendo que lo saques de aquí esta misma noche y te lo llesves a Juárez, pero como alta voluntaria. Yo no te dije nada”.

No lo pensé ni un minuto. Subí a vestir a Santiago, que estaba desorientado entre algunas cucarachas, y pasé por mi casa para recoger a mi hijo de cinco años, a quien pasé dormido a la camioneta. Encomendé a los mellizos con la señora Luli y con mi tía, y emprendí un viaje a Ciudad Juárez con el temor de que Santiago no llegara con vida. Afortunadamente decidió acompañarme Alberto, otro buen amigo de Santi que nos llevó conduciendo mi coche y se regresó en autobús esa misma mañana. Llegamos a

Juárez al amanecer. Mi hermano y su esposa acudieron a la clínica para recoger a mi niño y yo me quedé a seguir luchando en las urgencias, hasta que se atendiera ésta, aunque lamentablemente ya era muy tarde.

Pienso en esos momentos, en los que pasaba horas interminables en vela, y las energías salían de donde menos me imaginaba. Podía pasar días y noches sin dormir, en salas de espera, buscando médicos, durmiendo a ratos en suelos sucios, y no me importaba. Mi objetivo de luchar por la vida era clarísimo.

Ese sábado los médicos de la clínica 66 tuvieron al menos el conocimiento suficiente para hacer los estudios mínimos necesarios para la sintomatología que se presentaba. Sentí la calma relativa de saber que estaba en un lugar seguro, una sensación fundamental que debe inspirar un hospital.

La clínica 66 del IMSS en Ciudad Juárez está envejeciendo sin haber sido siquiera estrenada por completo. De momento está muy bien, a la gente le parece agradable, aunque el proyecto arquitectónico me parece un desastre. Pienso que un hospital debe ser claro, orientador, sencillo y práctico. Éste es bello, pero impráctico. Mi primera vivencia allí fue la de los tiempos que corren. Como llegué sola con Santi, la doctora del *triage* que nos atendió me hizo el favor de anotar que se requería la presencia permanente de un familiar al lado del paciente, y lo hizo más bien por no dejarme sola en la sala de espera, viendo seguramente mi angustia por cada paso que debían tomar los médicos con él. Así que me adjudiqué un banco de médico para sentarme a su lado, en una gran sala de urgencias con capacidad quizá para veinte o treinta personas, aunque sólo había como seis.

Las enfermeras estaban en plática tranquila al centro, en el control, cuando una de ellas levantó la cabeza y gritó: “¡Ambulancia con patrulla!”, y en cuestión de segundos todo mundo se movió a cerrar cortinas de los enfermos y a sacar a la gente no autorizada. Alguien mencionó que yo estaba autorizada y, entonces, llegó un

enfermero y me dijo: “Sube los pies y para nada salgas de esta cortina hasta que yo te diga”.

Ese grito significaba que detrás de la ambulancia, venía la patrulla de federales, y detrás de los federales podía venir el convoy de sicarios a terminar con la vida del herido. Esto ha pasado muchas veces en la guerra absurda por el control de la droga en México. No logro entender cómo mi esposo, con encefalopatía en grado 2, ya un tanto fuera del control de su mente, estaba tan alerta y tan desesperado porque yo no me moviera del banco y no asomara la cabeza de las cortinas. No tuve miedo. Vi pasar los zapatos de policías y enfermeros, y después hubo silencio, un eterno silencio.

Lógicamente, me estaba entumiendo y a mí nadie me decía que ya me podía bajar. En ese momento llamó mi hermano para decirme que estaba afuera para entregarme el módem inalámbrico y una bolsa de dormir para pasar la noche en el cómodo suelo del hospital, y aproveché para salir del encierro.

Santiago se enfadó mucho conmigo y me decía que era una morbosa, que quería ver al herido, pero no, sólo quería verle la cara al enfermero que me había dicho que no me moviera para que me indicara que podía salir. Y así fue. Estuvimos en la clínica 66 durante veintiséis días. Mi hijo no regresó a terminar su tercer año de preescolar.

Por fortuna, el domingo se comunicó la doctora, y desde donde estaba, ya de camino a México, comenzó a llamar a Juárez y a girar instrucciones conforme a lo que se debía analizar para encontrar el origen del deterioro acelerado del hígado en las últimas horas. Hasta varios días después encontraron la confirmación de sus sospechas: se trataba de una PBE, peritonitis bacteriana espontánea. Me encanta el lenguaje médico que revela las ignorancias de una manera poética, espontánea se refiere a que se “da solita” y se desconoce su origen. En lugar de decir, somos humanos luchando contra lo desconocido, sabemos lo que es, pero apenas estamos en camino de saber por qué, y de esa forma llegaremos al cómo evitarlo.

Hablando en cristiano, lo que sucedió fue que el líquido ascítico (del abdomen) se infectó, no se supo por qué, y generó un mayor trabajo para el hígado, ya de por sí incapaz de realizar sus funciones, y se desencadenaron reacciones derivadas de ese fallo orgánico, tales como la desnutrición severa, disminución de la función renal, anemia grave, hipertensión portal y un sinfín de cosas, pero quizá la más llamativa fue la encefalopatía (contaminación del cerebro con sustancias tóxicas como el amoníaco, que el hígado no estaba eliminando), que lleva al enfermo a perder el sentido de la realidad, hablar incoherencias y ser agresivo con quienes le rodean, como si fuera poco estarlo viendo sufrir. Una verdadera pesadilla para el que lo vive con el enfermo. En esta patología, el riesgo de morbilidad era altísimo, y mi doctora me dijo que debía estar preparada para cualquier cosa.

Santiago estuvo la mitad del tiempo de hospitalización, casi quince días, en este estado. No se enteró de nada en ese periodo, pero yo sí, y lo cuidé días y noches en una sala de diez personas separadas por cortinas. El problema es que, a nivel del suelo, donde dormíamos los familiares ya no llegaban las cortinas, y entonces éramos como una familia de seres sufriendo en unidad.

Eso sí, aunque se tratara de un hospital nuevo, las cucarachas vienen en el paquete. Aún no logro entender cómo, durante esos días, mi fobia a las cucarachas sufrió un receso, y es posible que hasta hayan pasado por encima de mi cuerpo sin que me importara. Tenía verdaderas preocupaciones en la cabeza y el cansancio me agotaba a niveles superiores a las fobias. Lo más terrible era que no se podía encontrar un baño abierto durante la noche y la madrugada. Deambulaba por el hospital apelando a la suerte de que se hubieran olvidado de cerrar alguno. Pronto encontré uno que abría a las siete de la mañana en la planta de consultas externas.

Una noche de las más fuertes de la encefalopatía, mi esposo gritaba y yo luchaba con él, pues en su mente se quería ir a jugar golf. Una bella enfermera que veíamos poco, se apiadó de mí y

llamó a los médicos, quienes me recomendaron un medicamento que no tenía el Seguro y que tenía que salir a comprar a un Smart, algo que suena normal, pero que en la orilla sur de Ciudad Juárez, a las tres de la mañana, era un reto importante para una mujer sola.

Mi desesperación al ver cómo lo ataban a la cama “para que no se fuera al golf” me dio el valor para ir en busca de la pastilla. Nunca olvidaré a los guardias de la clínica, quienes se preocupaban por mí y me daban mil recomendaciones de cómo y por dónde ir, y me echaban la bendición. El tipo de la farmacia me dijo que en verdad era valiente para haber ido a esas horas y sola, a lo que le dije que la vida de mi esposo merecía eso y más.

Mi hermano y su esposa, que son maravillosas personas, nos estaban ayudando mucho con cuidar a mi hijo, llevándome comida, cobijas, lo que podían, pero estábamos demasiado lejos, en la otra punta de la ciudad, y mis hijos pequeños se quedaron en Chihuahua a cargo de nuestra empleada doméstica. Era un trastorno muy fuerte para todos, por lo que decidí buscar una casita cerca del hospital donde poder establecerme con ellos.

La suerte se unió y regresaron mis padres de Canadá. Un buen amigo de mi hermano nos prestó una casa muy cercana, y mis tías me trajeron a mis bebés para que estuviéramos todos juntos por el tiempo indefinido que se me venía encima. La casa no tenía muebles, pero mi hermano y los vecinos nos acercaron lo más básico. Dormíamos en colchones inflables, comíamos en una mesa de picnic, pero estábamos juntos, no importaba nada más.

Mi madre y mi tía comenzaron a ayudarme con turnos en el hospital, y así yo iba a “descansar” en casa pasando tiempo con mis hijos. Ellos se adaptaban enseguida a todo y disfrutaban un parque que había frente a la casa.

Era éste un fraccionamiento cerrado, con caseta de vigilancia, como tantos en nuestras recientes formas de hacer ciudad. Y nosotros que no estábamos acostumbrados a ello. Vivimos la experiencia como positiva desde el punto de vista de la unión

que había entre los vecinos, de los niños de los que enseguida se hizo amigo mi hijo, pero negativa desde el momento en que había que ir en coche hasta para buscar un tomate o un litro de leche. En Chihuahua tenemos la fortuna de residir en el centro, en una zona donde aún vive mucha gente, y continuamos la costumbre de caminar a toda hora a la tienda de abarrotes, que tiene de todo, sin necesidad de conducir ni de estar molestando al guardia para que te abra la puerta a cada rato, aunque ése sea su trabajo.

Como la casa estaba vacía, tampoco había lavadora, y ahí comenzó mi peregrinar, que se prolongaría por un año en el uso de las lavadoras automáticas, arreglándomelas con los tres niños, jugando con ellos en las canastas y los carros, a la espera de las cargas de ropa. Todo es aprendizaje.

Tras este breve periodo vivido, me queda como lección que los juarenses en verdad se merecen mi admiración y respeto, pues viven en una barbarie de ingobernabilidad que los ha orillado a ser más organizados entre los propios ciudadanos y los ha elevado a seres que saben unirse ante la adversidad y tenderse la mano, sabedores de que ningún gobierno hará nada por ellos. Nosotros sentimos, durante un mes de hospitalización su calidez y apoyo, fuera de reconocimientos y gratitudes.

A pesar de la distancia que nos separa de Chihuahua capital, algunos tíos y primos nos dieron una mano, que tanta falta nos hacía, y todo eso contribuyó también en gran medida a la recuperación milagrosa de Santi, que superó la PBE, reaccionó al antibiótico, volvió de la encefalopatía y mejoró del riñón. Lamentablemente el fallo hepático fue ya irreversible, y lo colocó dentro del rango para ser trasplantado. No había tiempo que perder.

Desde el hospital, y gracias al módem inalámbrico de mi hermano, comencé a investigar acerca de los trasplantes. Debía apurar a toda costa el traslado, trámites y procedimientos para buscar mi nueva residencia. Cualquier cosa menos regresar a casa a verlo morir.

La doctora me dijo que su obligación era enviarlo a Monterrey para su valoración pretrasplante, ya que por región era el lugar que le correspondía, pero en mi investigación me di cuenta de que el mejor sitio al que podíamos ir era precisamente a Valencia, la tierra natal de Santiago, donde además tendría cobertura médica por sus años cotizados en el INS. La diferencia, al menos por estadística, era abismal. Cuando en Monterrey había información de que se realizaban cuatro trasplantes de hígado al año, en Valencia se hacían más de cien en el mismo periodo. Las notas hablaban maravillas del equipo del doctor Mir, en el hospital La Fe de Valencia, al lado de nuestra casa en el viejo mundo.

Todos estos meses que estuve suplicando a Santi que volviéramos a Valencia antes de que la situación se pusiera grave, no hacía más que enfadarse conmigo. No tenía ningún interés en regresar a vivir allí, no porque no amara su tierra ni a su familia, sino porque estaba entregado a su pasión en la atención al público en su negocio y a la vida que había forjado en Chihuahua. Sabía además, y con fundamento, que para mí la vida se complicaría al mil por ciento en España, donde la gente vive aislada en su mundo particular.

Al volver de Juárez, mi esposo había quedado literalmente en los huesos, sin apenas poder levantarse, icterico (con la piel y los ojos completamente amarillos, pues salió con 32 de bilirrubina), y en una situación extremadamente delicada por la susceptibilidad a las infecciones de cualquier tipo.

No sé si sea capaz de describir la sensación que produce haber luchado contra una condición de altísimo riesgo como fue la PBE, haberlo visto a las puertas de la muerte, salir con apenas un ligero soplo de vida, y al llegar a casa sentir que había vuelto la fiebre. Es una sensación desesperante, de ardor, de dolor profundo que sube del estómago hacia la parte baja de la nuca.

XV

Julio de 2011-febrero de 2012

Conseguí trasladarlo a Valencia. Pedí kilómetros de promociones en las aerolíneas, recibí dinero de varios primos, encomendé a mis hijos con mis padres, que precisaron mudarse a mi casa. Dispuse que, de ser necesario, alquilaran mi casa, vendieran el coche, un terreno, lo que hiciera falta para realizar el preciado viaje por la vida de mi amado esposo.

Él, por su parte, me dejó de hablar. Quizá como mecanismo de defensa perdió la voz durante varios días antes de la salida, desde el momento en que le comuniqué la decisión que yo sola había tomado. Y viajé con él en las peores condiciones. Con tremendos pantalones comencé a llamar al teléfono móvil de una de las doctoras de Valencia para que me orientara sobre qué hacer en el trayecto; a su primo médico, en España; me presenté en el hospital Morelos a exigir una analítica el día anterior y una transfusión de sangre. Y lo llevé en silla de ruedas por los aeropuertos, firmando responsivas en caso de muerte en cada vuelo, sujetándolo para ir al baño dentro de los aviones. Siendo sus alas, sus ojos, su voz.

La llegada a Valencia fue muy dura, dolorosa como una sobreexposición a la luz cegadora, por la condición en que llegaba Santi. La angustia por la incertidumbre no cedía a pesar de saber que estábamos llegando al sitio correcto. Hubiera deseado ir directo al hospital, sin pasar por ningún sitio, pero él quiso ir a dormir a casa de sus padres, pensaba en ese momento que podría ser la última vez que lo hiciera, y con mucho esfuerzo subió los dos pisos sin

ascensor para regresar al que fuera su hogar durante tantos años. El encuentro con su padre fue muy triste, el hombre se derrumbó al ver el aspecto físico de su hijo.

Cenamos un tanto tranquilos, gracias a la cena que preparó su hermano Javier, pero la noche la pasamos fatal, con mucha fiebre, incontables idas al baño, donde yo lo tenía que sostener, y la maldita encefalopatía regresó esa noche.

Conseguí dormir un poco hacia la madrugada haciendo una vez más uso del suelo frío y duro, cuando el cansancio del viaje y el estrés de cargarlo finalmente me venció, pues me había acostumbrado a dormir en el suelo durante mucho tiempo.

No sé si soy capaz de describir esos momentos atormentados, al sentir su cuerpo arder, pasar la noche en vela enfriando paños sobre su cuerpo, sufrir en silencio al escucharlo quejarse y gritar incoherencias. Esto no debería de sufrirlo nadie. No es justo.

A la mañana siguiente fuimos al hospital. A la Nueva Fe, como le llaman los valencianos. Es un edificio reciente, inaugurado en 2010, tras casi siete años de construcción y una de las pocas obras terminadas en medio del caos causado por la corrupción en la comunidad valenciana. Funciona, flamante y preciso, informatizado, cómodo y claro.

Llamé al teléfono móvil de la doctora que nos recibiría y, a pesar de que debimos aguardar algunas horas para que lo pasaran a cuarto, en nada se compara a la espera por una cama en el IMSS.

Lo llevamos en silla de ruedas al área de consultas técnicas, y una vez allí le dieron una camilla. Yo llevaba el expediente de su vida, fotocopiado y original, en orden cronológico, y clasificado por el tipo de estudios, además de haberme aprendido la terminología de la enfermedad de pe a pa. La doctora me pasó a un despacho privado y me dijo que debía quedar hospitalizado para ser valorado, estabilizado y puesto en la lista de espera. Lo entendí perfectamente y asumí el hospital como mi nuevo hogar por los siguientes meses.

Son habitaciones privadas, con sillón reclinable, sofá cama, televisión, armario y baño. La comida se elige en un menú diario, a menos que haya requerimientos especiales, y vienen de cocina a tomar la nota de manera personalizada. La tecnología de las enfermeras contrastaba con su frialdad. Acostumbrados a la calidez de los mexicanos, aquello nos chocaba mucho, pues acabamos haciendo amistad con las enfermeras de la clínica 66 de Ciudad Juárez, de quienes nos despedimos con innumerables llantos e intercambio de correos.

Allí me quedé, a vivir en el nuevo hospital, esperando cada día a los benditos doctores, atendiendo a Santiago y, se podría decir, que descansando un poco del ajetreo y del estrés de la zozobra. Mi suegro me llevaba ropa limpia de mi maleta y yo me quedaba día y noche, esperando, aprendiendo nuevas cosas sobre los aparatos de medición de niveles, memorizando la planta del hospital, comiendo de las máquinas y de la cafetería, llena de energía y esperanza.

Por las noches pensaba en mis hijos, y lloraba por ellos, pero de una manera distinta a las noches de agobio por la enfermedad. Sabía que estaban bien en casa con mis padres, aunque siempre me he sentido mal por ser una carga, en vez de un apoyo para ellos. En este caso no tenía opción, no podía ser de otra manera, aunque le diera vueltas al asunto.

La velocidad en la actuación no fue la esperada, aunque sí hubo un repunte en la recuperación del estado general, ligera mejoría en la nutrición, los indicadores generales, la claridad en los pensamientos y, sobre todo, en el estado de ánimo, por lo que yo, con renovados bríos me empeñé en reunir de nuevo a la familia.

Fuimos informados de que había un cálculo renal que tenían que eliminar, por lo que debíamos esperar más tiempo para entrar en la lista de espera para el trasplante. Por otro lado, nos dieron la funesta noticia de que, además de todas las patologías asociadas al fallo hepático que ya presentaba, apareció otra de mucho mayor

riesgo y que solía ser un inconveniente para ser trasplantado: una trombosis tipo cavernomatosis portal en grado 4.

Luego de suplicar a sus médicos, apareció otro ángel. El doctor Pina, quien había llevado la enfermedad de mi chico desde los veinte años. Entre él y yo abogamos a la fuerza del espíritu de Santi para que todo el equipo de trasplantes se volcara en una tenaz labor de convencimiento del equipo de cirujanos, para que estudiaran la posibilidad de hacer un trasplante especial, conectando el nuevo hígado por vías alternas, como las venas renales. Un verdadero milagro de la ciencia, del que se haría su baluarte el jefe de cirujanos, el maravilloso y genial doctor López Andújar.

Al tener el sí al trasplante, que me costó lágrimas y más desvelos, obligué a Santiago a pedir prestado el piso de su abuelo a sus tíos, quienes estuvieron dispuestos a apoyarnos para hacer uso de él sin pagar prácticamente nada. Luego me lancé de un viernes a un martes, sin nada de equipaje, a Chihuahua, a traer a mis tres pollos a vivir conmigo a Valencia. Mi padre, único en su género, me acompañó en el viaje y durante quince días más, para instalarnos. Cuando se fue y me vi enfrentada con mi realidad de cuidar tres niños, dos bebés y un pequeño, viviendo en un tercer piso sin ascensor, sin secadora de ropa, sin el desfile permanente de familiares por casa, y con un esposo hospitalizado, vi verdaderamente mi suerte.

Adelgacé varios kilos; lloraba al tener que subir a los niños cargando la compra, tener que esperar a que se durmieran para bajar corriendo a hacer cualquier diligencia dejándolos solos, lavar y tender ropa a toda hora, hacer comida a toda hora y, encima, acudir a hacer turnos al hospital, a una hora de distancia de mi casa en autobús, para perseguir médicos en busca de respuestas. Aun no sé cómo le hice para no volverme loca.

Estoy totalmente convencida de que mi tablita de salvación emocional fue el uso de la red social de Facebook, en la que durante todos esos meses de adrenalina y dolor me refugiaba a deshoras, en conexión a larga distancia con mis amigos y familiares de

todas partes del globo, sobre todo mexicanos, americanos, españoles e italianos, de los que recibía innumerables palabras de aliento, oraciones, reflexiones y cartas.

También era una solución sencilla para estar informando de una sola vez a mucha gente sobre el estatus de nuestra situación. Lo compaginaba con mis lecturas en línea acerca de las patologías que se iban presentando, y me entretenía con los chismes de los demás. Hacía siempre el ritual de leer a Santiago todos los mensajes que me mandaban, uno a uno, y las respuestas que yo les daba.

Al principio le llevaba muy seguido fotografías de los niños, relatos de sus avances, pero conforme pasaba el tiempo nos hicimos tan dueños del hospital y tan queridos entre el personal de la planta, que me permitían llevarle los niños a verlo a su habitación y pasar la tarde con él.

Así pasamos las fiestas navideñas. Separados por horas en mi vaivén entre la casa y los niños y el hospital. Ya estaba en lista de espera como el número uno, lo cual en teoría representaba un alivio ante la expectativa que se antojaba interminable, pero fatal por la gravedad del caso, pues el hígado había dado demasiado de sí, y cada día, cada minuto, se constituía en un milagro de vida.

La donación de órganos en España es un acto de civilización, como en otros tantos países que nos llevan la delantera. Existe un flujo muy grande de órganos que son utilizados para salvar vidas de miles de personas cada año. Nosotros estábamos confiados en ese milagro, llenos de esperanza. Aun cuando yo sucumbía, Santi me daba ánimos, y yo a su vez a los médicos, apelando a su fuerza de voluntad por vivir. En definitiva, me siento obligada a abogar por la donación de órganos en mi país, donde a diario mueren miles de personas en espera de una oportunidad. Creo en la firmeza y solidaridad de los mexicanos, entre los que, más bien, hay desinformación y falta de cultura para que todos seamos donantes potenciales.

Cuando el estrés de todo esto fue demasiado, fueron apareciendo personajes angelicales: mi amiga Mariella, y otras madres de los compañeritos del colegio de mi hijo de seis. Luego vinieron mi tía Soledad, y los últimos meses mis padres y mi cuñado, quienes hicieron más ligera la carga tan pesada ya debido al cúmulo de trabajo, agotamiento físico y mental en que estábamos mi suegro y yo.

Apenas un día antes de su fallecimiento, Santi me dijo por primera vez algo que me dolió muchísimo, pero que a la vez me llenó de una tranquilidad infinita. Admitió que podría morir en el trasplante —y lo aseveró por primera vez sin miedo, me refiero sin miedo a la muerte—, y que por ello quería pedirme que considerara dos cosas: que yo debía buscar un padre para nuestros hijos, y que no me aferrara a conservar el negocio si veía que no era lo que yo quería.

En ese momento me asusté, mucho. No quise seguir con el tema y me refugié en el enfado. Le dije que se dejara de tonterías, primero porque no se iba a morir, y segundo porque nadie me iba a querer a mí con tres niños. Se divirtió con mi reacción y sonreía feliz, reiterando que él no quería morir, que daría la batalla hasta el final.

Lo pienso a la distancia y me alegro por él, porque creo en sus palabras, primero de que perdió finalmente el miedo a la muerte, y segundo porque me demostró con creces que luchó de forma tremenda, estoica. Sirva mi relato como ejemplo de lucha.

A pesar de mis reniegos por la vida sufrida en el piso en tercer nivel, de no tener coche y de las diferencias culturales en el comportamiento de las familias, siempre había amigos que nos tendieran la mano, como el matrimonio de Manolo e Isa, que fueron verdadera familia para nosotros. Intenté, en la medida de mis posibilidades, hacerles la vida feliz y llevadera a los niños, como si nada pasara, sacándolos diario a los parques y atendiendo todos los deberes del colegio del pequeño Santi, para que la vida de nuestros hijos fluyera con el menor daño posible.

XVI

25 de febrero de 2012

La intuición me llevó esa noche de forma arrebatada al hospital. Mi día transcurrió como cualquier otro, en automático. Llevé a los dos pequeños al parque y les tomé unas fotos para mostrarlas a su padre, volvimos a casa, los bañé y me senté con ellos frente al televisor. Pensando en que no había llamado a Santi en todo el día, sentí una preocupación, y en ese momento sonó el teléfono. Era mi suegro que preguntaba a qué hora llegaría, pues se hacía tarde.

Como era habitual que nos confundiéramos con los turnos, sentí de pronto que podría ser que Manolo no llegara y que me tenía que ir en ese mismo instante. Incluso mis padres se preocuparon al verme salir tan apurada. Tomé un taxi y llegué enseguida, corriendo, sin tener idea de lo que estaba pasando.

Mi suegro estaba de pie en el pasillo, desesperado. Me dijo que estaba muy mal, que estaba lleno de médicos dentro, y yo lo sabía, lo presentía, era como si no me estuviera contando nada nuevo.

Comencé a temblar de forma incontrolable, pero intenté dominarme para hablar con la doctora residente que salía de la habitación. Me dijo que mi esposo había sufrido un paro respiratorio, pero que lo acababan de reanimar y que estaba muy mal. Pregunté si el doctor Pina estaba al tanto, y me dijo que no, que ella era la encargada en ese momento y que si pasaba “algo” ya le informarían. Le hablé en tono muy fuerte y le dije que, por favor, llamara en ese mismo momento al doctor y no cuando ya fuera

demasiado tarde. Ella debió ver la desesperación en mis ojos, por lo que cambió su cara y me dijo que lo haría enseguida.

Al momento llegó Manolo, como estaba previsto, y luego José, pues su padre le avisó para que se viniera corriendo. Apenas podíamos con los nervios al ver a las enfermeras entrar y salir corriendo.

La residente volvió a salir y nos dijo que se lo llevarían a la Unidad de Cuidados intensivos para intentar, por todos los medios, estabilizarlo. Yo escuchaba a todos lados, lo que nos decía ella y lo que decían dentro. Los de UCI, que ya habían subido a buscarlo, estaban molestos porque no había en esa planta un monitor inalámbrico, y por lo visto no había tiempo de ir a buscarlo, era en ese instante o nada. Se me clavan en la memoria los gritos de que se tenían que ir “cagando leches” porque estaría sin monitores de signos vitales durante el trayecto del pasillo y el ascensor. Ahí comprendí que ya quedaban horas, quizá minutos de la lucha de mi amor, de la lucha que yo misma hice propia. Al oírlos decir eso, me clavé en él al verlo pasar en la cama, ya no estaba amarillo ni negro, estaba azul, ya no era él.

Bajamos en silencio a cambiar de pasillo para esperar. Creo que todos éramos conscientes de lo que estaba pasando, sólo que algunos no queríamos aceptarlo. Manolo llamó a Isa para que se viniera corriendo a acompañarme, y convenció a mi suegro de que se fuera a descansar, argumentando que allí no podíamos hacer nada, que ya lo llamaría al amanecer, pero él prefirió esperar un poco más.

Al momento salieron la médico jefa de la UCI acompañada del jefe de cirugía, lo cual me iluminó por un momento. Me daba una pizca de esperanza saber que habría una excelente mancuerna entre las irracionales ganas de vivir de mi marido y la magnífica experiencia y conocimiento de este hombre.

Me dijeron claramente lo que estaba pasando: había sido una hemorragia interna y había perdido mucha sangre, que estaban

tratando de estabilizarlo, pero que, por lo visto no paraba de sangrar. Que las esperanzas eran muy limitadas, pero que quedaba un camino: abrir e intentar cerrar las heridas para que resistiera un poco más. Sin hígado, a ver cuánto tiempo resistía, y encima, que no sabían el daño que podría quedar a nivel cerebral; en fin, que era una medida desesperada por salvarlo, pero que no albergáramos casi ninguna esperanza.

Yo temblaba por dentro, nada más. La doctora le lanzó una mirada al doctor López un tanto asombrada, y él le dijo que yo era fuerte y que estaba al tanto de la situación. Ahí comprendí que ella esperaba llantos y gritos.

Lo metieron a quirófano y no hacíamos otra cosa que mirar la puerta. Si salían muy pronto, significaba que no habían podido hacer nada, pero no fue así. Tardaron demasiado y creamos falsas expectativas. Estuvieron tres horas trabajando con él a unos metros de nosotros. Salieron con mala cara, agotados de pelear una batalla sin sentido. Dijeron que había sido muy difícil, pues tenía varios vasos abiertos, que se había ido y vuelto en varias ocasiones, que no se explicaban por qué seguía vivo, pero que duraría poco. Quizá un par de horas. Que por favor no abandonáramos la sala de espera, pues alguien debía hacer los trámites.

Isa se había ido a casa con sus dos niñas, y Manolo a llevar a mi suegro a su casa, así que nos quedamos solos mi cuñado y yo a esperar.

Detrás de los cirujanos salió el equipo de anesthesiólogos, quienes preguntaron por mí. Todos, atónitos, me dijeron que no habían visto nada igual, que no se explicaban cómo mi esposo seguía vivo. Lo sentí como una manera de reivindicar su lucha, porque ellos también sabían que se iría pronto.

Al cabo de media hora regresó la jefa de UCI, y nos dijo que pasáramos a despedirnos, pues le quedaba media hora más o menos de vida. Pasamos por varios filtros de puertas automáticas, y nos condujeron a él, o a lo que quedaba de él, completamente

conectado a tubos, rodeado de monitores y cables. No me atrevía ni a tocarlo, pero pensé que era el momento de decir lo que nunca tuve el valor de decir. Le dije que estaba bien, que volara alto, que yo y los niños estaríamos bien, que descansara, que lo amaríamos igual. Le di las gracias por todo, y al momento se fue. No hubo un sonido largo, como en las películas, ni una línea recta —eso lo tienen conectado a un control alejado de la gente—, pero lo supe. Miré al control central y el hombre frente a las pantallas me hizo un gesto afirmativo con la cabeza; ya se había ido.

José se fue a su casa para decírselo a su padre en persona, y yo me quedé a firmar papeles, a esperar a los del Seguro, a recoger las cosas. Es absurdo cómo, a partir de ese momento, me sentí completamente sola. Santi ya no estaba conmigo desde hacía mucho tiempo, pero en cuanto se fue de esta vida, realmente sentí su ausencia. Me sentí como si me arrancaran una parte de mí misma.

A las cinco de la madrugada estaba caminando por el Bulevar Sur, buscando un taxi para volver a casa, muerta de frío, cansancio y dolor. Sola, final y realmente sola.

XVII

27 y 28 de abril de 2012

Se acabaron los diecisiete días, debo terminar el relato. Pero no puedo, tengo mucho desorden y debo entregar el piso del abuelo mejor de como lo encontré, o al menos mejorar algunos aspectos para contrarrestar los rayones de bolígrafo en las puertas y las sillas del comedor que mis hijos se encargaron de decorar. Además, debo terminar de repartir la enorme cantidad de ropa que no cabe en las maletas, la despensa inacabada, los pocos enseres de valor que compramos, empacar, limpiar el refrigerador y bajar la basura. Suena fácil, pero no cuando tienes en casa algunas visitas, los dos niños propios más el encargo de dos más de mi amiga que acarreaba cosas a su casa, tres de ellos saltando como si fuera pleno día, y una de ellas, la pequeña de mi amiga, en mis brazos con cuarenta de fiebre.

A media noche interrumpimos la mudanza para que llevaran a la nena a urgencias. Metí a la ducha a los otros tres y los acosté para continuar con la labor que terminaría a las cuatro de la mañana con la última bolsa de basura tres pisos abajo, en el contenedor.

Tras dos horas de sueño, sonó el teléfono. A las seis escuché una grabación en inglés que informaba que mi vuelo de Madrid a Chihuahua había sido cancelado y cambiaba para el día siguiente. Tras dos horas más de aclaraciones telefónicas, conseguí volver un rato a la cama, bastante fastidiada por el cambio de planes.

Mi casa estaba impecable, las maletas cerradas y pesadas con los kilos permitidos exactos en la puerta, y absolutamente nada que

comer. Esta situación me obligaba a comer fuera de casa, llevarme a los niños de ahí todo el día a casa de mi vecina para que no ensuciaran, y aprovechar que todo el mundo ya me hiciera de viaje para ver a una persona de la que me faltaba despedirme: el buen doctor Pina. Así que lo llamé, le conté lo que había pasado y, tras mostrar su alegría, acordamos que me visitaría por la tarde para tomar un café cerca de casa.

Comimos en un bar con mi suegro. Llevé a Santi a casa de su amigo y, al tiempo que volvía, se desató una tormenta que coincidía con la siesta de Mariana y la llegada de Ramón a mi casa, toda limpia, sin los niños y con una hermosa lluvia. Ahí estaba la razón de mis carreras del día anterior, y de mi disgusto de madrugada por el cambio de vuelo. Ahí estaba, sentado en mi salón, el hombre que durante cuarenta y dos años de carrera se cruzó a la mitad de ella con mi hombre, y estaba allí, conmigo, para hablar sin prisas, para regalarme una vez más un baño de serenidad, sabiduría y alegría.

Me dijo muchas cosas, como la explicación lógica del sentimiento del duelo ante la pérdida de un ser querido, cómo sería el proceso, y me pidió, además, que debía volver a enamorarme de la vida, de un pájaro, de una puesta de sol, de un caballo o de una mujer. De lo que fuera.

Tu vida ahora mismo está en blanco, vacía, como tu nevera. No tienes nada que ofrecerme, porque ahora mismo no encuentras el sentido a nada, ni siquiera al sabor de los alimentos. Pero poco a poco y sin darte cuenta irás comenzando a sentirte a ti misma, a darte cuenta de que estás viva, de que tú también sientes, de que, conforme avanza el tiempo, vas transformando el dolor en recuerdo, y la opresión del pecho va cediendo y va dejando lugar a la memoria, en el cerebro, pero donde predomina el sentimiento del recuerdo feliz sobre el triste. Nunca lo olvidarás, ni dejarás de pensar en él, pero eres joven y te espera un mundo de cosas por vivir. No existe otro Santiago, no repetirás jamás la historia, pero construirás otra,

la de la dicha de criar a tus hijos, seguro, y quién sabe cuántas cosas más.

Gané un amigo maravilloso. No pude tener mejor despedida de Valencia, y al día siguiente emprendí el viaje de regreso a casa con mis hijos y las cenizas de Santi. De vuelta a casa, derrotada.

XVIII

11 de mayo de 2012

Ya en casa, en Chihuahua, realicé una reunión de amigos en la que pudimos despedir al buen Santi de la manera que él lo pidió. Sobre la explicación en este discurso que preparé para tal efecto:

A propósito de la vida, nos reunimos esta tarde para recordar muchas cosas, con el pretexto de un hombre que fuera hijo, esposo, padre, hermano y amigo. Estamos cumpliendo con esto su voluntad, la de no querer tener un funeral “convencional”, idea que manifestó desde que asistimos a la Celebración de la Vida de la querida tía Lola, en Denver, Colorado, hace poco más de dos años. Desde entonces su vida dio un giro inesperado, la del camino hacia aquello que no llamamos vida, pero que seguramente es otra especie de existencia. Ésa es la que nos reúne esta noche como seres humanos con sentido espiritual.

En aquel momento la ceremonia de la tía lo conmovió a tal punto que me pedía repetir un evento que ni siquiera se llamara funeral, en el que no quería ver caras tristes ni llantos, ni un cuerpo irreconocible como suelen ser las despedidas en nuestras culturas. Él, sin pensarlo, me dio la idea de hacer algo que trascendiera, y que, además, cerrara el círculo de aquellos que de alguna manera necesitan despedirse. Pensé que éste era el momento de tocar los corazones de las personas que él ya tocó y logró convocar esta tarde. Tocar a los asistentes para crear conciencia de la necesidad de vivir a plenitud y dar vida después de la propia.

A veces pensamos que nos hundimos, como en situaciones difíciles al perder a un ser querido, ante el horror de la cercanía de la muerte y la fragilidad del ser humano, al deambular por los hospitales en busca de ayuda. Todo eso lleva a un estado de conciencia que sólo adquieren quienes lo han vivido. Aquellos que alguna vez nos creímos indestructibles, poderosos y triunfadores, llegamos a tocar lo más profundo del sufrimiento del ser humano y, de pronto, nos damos cuenta de que tenemos dos caminos: lamentarnos eternamente por nuestra vida de sufrimiento, o tomar lo que nos toca de ese incomprendible aprendizaje y seguir adelante. Los motivos sobran.

Santiago, al pedirme conscientemente la realización de un acto de despedida, que más bien es un recordatorio de lo maravillosa y feliz que fue su vida, en realidad me estaba dando un motor más, un motivo más para moverme, para encontrar sentido a las cosas. Así de grande e infinita es su enseñanza de vida para mí. Por eso quise gritar a los cuatro vientos, en una noche como ésta, esas lecciones de vida, del ejemplo que nos dio a muchos de cómo vivir esta breve pero intensa vida sin pensar ni cuestionar si existe otra más allá de la línea; ése, creo, sería motivo de muchas reflexiones.

Como muchos de ustedes saben, él fue consciente de su enfermedad desde siempre, desde los cuatro años de vida. Quizás esa predisposición a la muerte le llevó a ver la vida desde otra perspectiva, de que sólo tenemos una y sólo podemos vivirla o desperdiciarla. Y así lo manifestaba en sus actos, siendo despreocupado de las cosas sin sentido, como el dinero, las posesiones, los celos, el egoísmo, el aferrarse a la tierra que te vio nacer, y tantas cosas que ahora mismo a otros les pesan demasiado.

Vivió cuarenta y dos años intensos, felices, llenos de sorpresas y bendiciones. El último año en realidad no lo entendía, pero con seguridad les digo que los otros años le dieron la fortaleza para llevarlo con la entereza que lo caracterizó hasta el último minuto.

Siento que muchos de ustedes no hayan podido estar lo suficientemente cerca para apoyarnos hombro con hombro, para darme una mano en las noches de desvelo, pero las cosas tenían que ser así. Gracias a su fortaleza, me paro aquí a contarles cómo fue capaz de

luchar misteriosamente contra un deterioro físico acelerado, contra varias recaídas que lo hacían pender de un hilo.

Estoy aquí para contarles con qué valor respondía todos los días a los médicos y enfermeras con un “¡yo estoy bien!, ¿y ustedes?”, aunque se lo estuviera llevando la corriente.

En el hospital de La Fe era conocido como el español más mexicano, pues nunca perdió su acento norteño ni sus palabras chihuahuistas. Fue un excelente embajador de Chihuahua allá a donde iba, parecía que había nacido para adaptarse y amar a tal grado esta tierra que siempre estuvo en su mente y en su corazón el deseo de volver y seguir viviendo feliz, como siempre. También estaba orgulloso de su familia mexicana, por la que se sintió adoptado desde el primer día que llegó.

Espero que les quede a todos la plena satisfacción de que se luchó todo lo que se pudo y más, de que él y todos los que tuvimos la dicha de estar a su alrededor, incluidos maravillosos médicos y enfermeras, hicimos hasta lo imposible; sin embargo, hay un destino contra el que no se puede ir.

Gracias a todos los que nos han tendido la mano, el brazo y todo su ser completo: mis padres y mi suegro, mi tía Soledad y mi cuñado José. Gracias a todos ustedes por sus oraciones, mantras, vibras y buenos deseos; por habernos seguido en Facebook, y por estar aquí. Gracias a Dios y a la vida que me permitió ser la compañera de Santi por estos casi quince años.

Me queda la semilla de su amor en nuestros tres hijos, en nuestra casa y en la amistad que ahora cultivo con sus amigos. Espero que también a ustedes les quede un buen recuerdo y un sentimiento de felicidad, más que un vacío por su ausencia. Y que aprendamos a vivir la vida como él lo hacía.

REFLEXIONES

Mientras termino de escribir, creo que sano por dentro, reflexiono y recuerdo cada paso de nuestra vida juntos. No pudo ser mejor, no creo que pudiera tener mejor suerte por haber contado con un amor tan inmenso y tan bien correspondido, con una vida apasionada, llena de regalos y de luz. Entonces, ¿por qué debimos vivir en la oscuridad de los últimos años? ¿Cuáles son las causas que nos llevaron a los caminos tan difíciles que hemos tenido que recorrer? ¿Por qué un hombre bueno, que amaba infinitamente a sus hijos, tuvo que dejarlos? ¿Por qué tuvimos que sufrir lentamente esta agonía? Son preguntas sin respuesta para mí y para mucha gente que sufre en silencio en todas partes del mundo. Algunas personas hacen alusión a mi valentía, pero creo que la fuerza del amor es la que me ha hecho moverme. Quizá más de uno de los que me lo dicen haría lo mismo, o quizá más, por amor a su familia.

No entiendo las razones, quizá nunca llegue a entenderlas, pero aquí sigo, viva, en pie, aunque durante un tiempo mis pasos sean como los de un robot, sin encontrar el sentido aparentemente. ¿Volveré a sentir alguna vez esa inmensa felicidad? No sé si igual o, al menos, parecida. Con sólo una pizca de ella me conformo. Espero recobrar la energía del amor para mi bien y el de los que me rodean. Que sea ésta una enseñanza de lucha, una lección de amor y voluntad que me permita enterrar el dolor y levantarme el día de mañana con renovados motivos para vivir.

*Hijos míos, los ama
su mamá*